



«Con esta cinta me guiaréis vosotros y os llevaré yo...»

PIRULA NO TIENE MIEDO

Novela de aventuras, póstuma é inédita, de Emiliano Ramírez Angel, ilustrada por Máximo Ramos

CAPITULO PRIMERO

DONDE LA TRAVIESA NIÑA DA UNA CARRERA DESDE UN PISO SEGUNDO Á UN BOSQUE MISTERIOSO

DIGÁMOSLO de pronto y de una vez, para que todo el mundo sepa á qué atenerse: Pirula era una nena preciosa, pero revoltosísima.

A la pobre se le habían muerto los padres en un naufragio cuando ella tenía un par de años, y vivía con sus abuelitos Papá-Chitón y Chacha-Risa, los cuales la querían mucho, á pesar de los disgustos y rabietas que les daba. Papá-Chitón se llamaba así, por lo menos en casa, porque era un vejete muy simpático, que no hablaba casi nunca con las personas mayores. En cambio, le hacían charlar por los codos los dos canarios de Pirula—regalo de Chacha-Risa—; *Kukurón*, el perro kilométrico; Felipe, el galápago encargado de asustar en la cocina á las cucarachas, y *Fu-fú*, la gatita de Angora que se pasaba todo el tiempo tumbada.

Papá-Chitón, tan silencioso en las visitas y á las horas de comer, sabía, sin embargo, dónde se venden los bombones más ricos y los merengues más dulces, que recibían con aplausos y vítores Chacha-Risa y su nieta Pirula, porque las dos eran golosas hasta morir. Y para acabar con las presentaciones, digamos que Chacha-Risa debía tan bonito sobrenombre al buen humor de que Dios la había dotado, y que era una señora encantadora, buenaza, amiga de las bro-

mas y los chistes, al revés de esas otras viejas que se ven por allí, y que sólo son manojos de arrugas y de chinchorrerías, por cuya boca salen víboras, centellas y cardos.

Algo de esto le sucedía á Pilar, la doncella, y á Boni, la mujeruca grasienta y gordinflona de la cocina. ¡Dios mío, qué genio el suyo! A Pirula no la podían tragar, como suele decirse. Menos mal que Pirula, por su parte, les correspondía con la misma moneda; las dos mujeres se le habían atragantado como si fuesen de aceite de ricino ó de estopa. A consecuencia de esta antipatía mutua, cada cinco minutos se promovía una trifulca.

Porque la verdad de todo es que ni la Pilar ni la Boni querían comprender á la nena, ni siquiera en aquellos momentos en que aparecía tan deliciosa con su «kiriki» y sus trenzas. Pirula tenía una gran imaginación y una viveza de sangre y de nervios que le impulsaban á ejecutar en el acto lo que se le ocurriese. No sabía estarse quieta. Ni le gustaban los comodones, ni los gandulones, ni los pachorriones.

Siendo más chiquitina, acostumbraba subirse á la mesa del comedor, y cuando nadie la veía se columpiaba en la lámpara, luego de haber encendido las luces. Todas las mañanas, colocando una silla sobre otra, gateaba hasta el reloj de pared para «tomarle el pulso» y ver si seguía andando sin novedad. Con el cepillo de la ropa le sacaba el brillo á los espejos de los armarios y del cuarto de aseo. En el café con leche para la Pilar y la Boni le echó, más de una vez, á escondidas, polvos de talco ó bicarbonato. Metía á la gata

en la canariera, y ató los canarios al galápagos, para ver si el pobre corría un poco más... Lo que estaba abierto, lo cerraba, y lo que debía seguir bien guardado, ella lo echaba fuera.

Papá-Chitón, entretenido siempre en leer libros gordos, no decía nada á la terrible enredadora. Chacha-Risa, sin poder contener la carcajada, daba un grito: «¡Mira, tunanta, diablota, que te voy á dar no sé cuántos azotes!» Y salía corriendo, con pasos menudines, tras la chiquilla. Pero Pirula, por supuesto, escapaba volando pasillo adelante hasta esconderse tras una puerta. Cuando la abuela pasaba por allí, Pirula salía de repente y se le subía á las espaldas para hacerle cosquillas detrás de las orejas. Chacha-Risa, sofocada y muerta de gusto, se olvidaba de los azotes y empezaba á comersé á besos á la nieta, mientras en la cocina la Pilar y la Boni, al mismo tiempo que despedían fuego por los ojos, de puro enfadadas, soñaban con casarse y tener una niña tan revoltosa como Pirula.

Y ¿sabéis cuál era su monomanía reciente? Pues en cuanto cumplió los seis años se le metió en la cabeza el empeño de ser «Princesa encantada».

Desde que había sabido que sus papás murieron en alta mar, á bordo de un barco muy grande, su imaginación fué haciéndose cada día más fantástica. Leía constantemente cuentos de hadas y de duendes, de viajes y de aventuras. Cuando iba á los bazares no le interesaban las muñecas y las casitas de juguete, sino los rifles, los trenes, los adornos de pieles rojas y los cañones.

Nunca había tenido miedo del Coco, ni del Tío Patas, ni de Mamburú, ni del cuarto oscuro, personajes feos y sucios, con que las criadas solían amenazarla para que se estuviese quieta. Hallándose en París, una Navidad, se despertó á media noche en su alcoba, y vió, de pronto, á un viejecito de barba blanca que andaba haciendo no sé qué debajo de la chimenea. Pirula le conoció en seguida: era Papá Noel, el amigo de los muchachos formales, á quienes trae regalitos por Nochebuena. Pirula, sin decir palabra, saltó del lecho, y abrazando al anciano, le pegó un tirón de las barbas, tan espesas y resplandecientes.

—¿Qué haces, Pirula?—le preguntó Papá Noel en francés.

—Ver si tienes las barbas de algodón, como he leído en un libro de cuentos.

Y la chiquilla volvió á tirarle con más fuerza.

Pero Papá Noel se enfadó bastante, dió un bufido, y cogiendo los zapatos de Pirula, se los llevó á la vez que desaparecía por lo alto de la chimenea. Pirula se acostó tan tranquila. A la mañana siguiente no se encontraron los zapatitos. Tuvieron que salir á com-

prarle otros, y no hallaron ninguno á su medida. Pirula no lo ha dicho nunca; pero aquel día todos los zapateros de París tenían unas barbas como las de Papá Noel, y hasta parece que imitaban su voz...

Bueno; decía que Pirula padecía el afán de ser princesa encantada. Antes había querido ser pirata de un barco turco, de esos que usan bigotes cerdosos y pipa. El abuelito Chitón, siempre deseoso de complacer á su nieta, le compró una cachimba que apataba á tabaco y todo, y un frasco de un aceite especial para que saliese bigote. Pero pasó el tiempo, y Pirula no conseguía tener aspecto de pirata. No se sabe si el aceite aquel era de mala calidad, ó la Boni lo cambió por otro de una lata de sardinas. Lo único cierto es que Pirula, tan atolondrada como de costumbre, se lo untó no sólo en el labio superior, sino en el pecho y aun en el cogote. Y allí—¡horror!—, en el cogote mismo, y no en ninguna otra parte, le brotó un puñado de pelos como una escobilla, que tuvo que cortarse á escape porque, aparte de que no le daban aire de pirata, hacíanla asemejarse á uno de esos pollos llamados «tomateros», tan ridículos con su crestita sin acabar.

Entonces se le marchó la idea del bergantín y de las piraterías, y se pasó lo menos un cuarto de hora rabiando y pataleando por haber nacido niña y no niño, ya que, cuando se es niño, se reúnen muchas ventajas para tener bigote.

Chacha-Risa, para consolarla, le compró muchos juguetes «de chico». Pirula no quiso ni verlos. Arrojàndose en los brazos de la abuela, gritó:

—Bueno; pues seré princesa encantada.

—Pero, amor mío, ciéln, ¿cómo quieres tú que yo consiga semejante cosa?

—Cuando vienen á verte esas visitas que después dices que te revientan un horror, bien sabes repetirlo, chacha: «¡Oh, estoy encantada, querida!» Pues anda: búscame unas vecinas ó un par de señores que me carguen mucho. Si me encanto, como tú, como ellos, sólo me falta ser princesa.

—¡Ah! Eso, eso es lo más difícil, hija mía.

—¿Qué va, chacha! No seas tonta. Papá-Chitón compra un barco, nos vamos á una isla de salvajes, les regala unos relojes despertadores y unos sombreros de copa y le nombran rey y á ti reina. Y en seguida soy yo la princesa. Anda, chacha de mi corazón. Convence á papá-abuelo. Los relojes despertadores que digo, de los más gordos, cuestan muy baratos. Y de sombreros... ¡hay que ver los que tiene en el armario viejo!... Cuanto más abollados estén, más les gustan á los salvajes.



«La tarasca, ogro ó lo que fuese, estaba, en efecto, de un humor de cien mil pares de diablos...»



«Pirula había empujado la puertecilla, camino del antro donde dormía la tarasca»

Chacha-Risa y Papá-Chitón fingían hacerle caso, y aun le prometían comprar una embarcación para salir en busca de la isla famosa, con lo cual Pirula se conformaba. Era entonces cuando, muy calladita, allá en cualquier habitación de la casa, dejaba transcurrir unos minutos, hasta que, de súbito, ¡plaff, prurrumpumpúmmm!, retumbaba un estrépito de mil demonios.

Ya se sabía: cacharro á tierra, hecho añicos, Cortinaje por el suelo, cuadro patas arriba ó butaquita descuartizada.

Una vez, Papá-Chitón se había puesto á leer la lista de la Lotería y se quedó dormido, con la cabeza sobre el pecho. Su calva relucía hermosa como una esfera de cristal. Las moscas rondaban aquel queso. Pirula tuvo una idea que le pareció muy divertida, y con su vivacidad de siempre la puso en práctica. Chacha-Risa había salido á la iglesia.

Buscó su álbum de calcomanías, eligió una gran mariposa enorme, de alas multicolores, y se puso á «sacarla» en la calva del abuelo.

Papá-Chitón roncaba deliciosamente. Debía estar soñando con que le habían tocado varios premios en otra lista. Pirula, cuidadosamente, untaba de saliva el papelito, levantándolo de vez en cuando por la punta para ver si se pegaba bien, como era su obligación.

En el momento mismo en que iba á «sacar» la mariposa apareció en la puerta Boni, la feroz cocinera, con sus dos verrugas en la barbilla y su lunar peludo á un lado de la boca.

Al ver lo que estaba haciendo la muchacha, lanzó un aullido.

—¡Bribona! ¡Pícaro! ¿Es así como respetas al pobre abuelito? ¡Ahora verás!

Y corrió, indignada, colérica, más terrible que nunca, decidida á pegarle. Pirula se escabulló hasta el pasillo. Pero las voces de la cocinera iban persiguiéndola, y Pirula, nerviosa, azorada, abrió la puerta de la calle y desapareció escaleras abajo.

Cualquiera creería que el suceso acababa allí. Al contrario: la Boni, enardecida, y arreciando en su persecución, al mismo tiempo —debe consignarse— que temerosa de que Pirula pudiera caerse, saltó los escalones tras ella. Pirula bajaba con agilidad de ratoncillo, en tanto que la Boni resoplaba como una foca. Lo más notable es que Pirula iba riéndose, cada vez más nerviosa, cada vez más ágil y aturdida...

Llegó al portal, sintió cerca aún la vozarrona de la cocinera y saltó á la calle, bañada en el sol del mediodía.

Jamás se había sentido Pirula más animosa y con las piernas más resistentes. Iba disparada por la acera, recelando que todo el mundo se sumase á la Boni y corriese con ella para detenerla y atizarle el palizón correspondiente.

En su carrera desenfadada y vertiginosa, tiendas y balcones daban volteretas; y carros y automóviles, avanzando unos tras otros, parecían también perseguirla.

Pirula no hacía caso. Ya hemos dicho que era muy valiente. Una sola vez estuvo á punto de detenerse, un poco acobardada, y fué cuando la manga de riego de un barrendero municipal, soltando un estallido, alargó el chorro hasta las espaldas de la fugitiva, como si tratase de alcanzarla. Pirula volvió la cabeza y se echó á reír. Por cierto que en aquella ocasión sí que, por culpa de la gracia que le hizo su susto, al detenerse, estuvo en un tris que no la capturasen.

Se metió por la primera bocacalle, y hala, hala, corre que te corre, ya sin mirar atrás, apenas se dió cuenta de que la ciudad iba cambiando.

Las casas, de seis y ocho pisos, empezaron á achicarse. A los soportes del tranvía y de los faroles iban saliéndoles unas ramas y unos plumeros verdes, y se convertían en árboles. Las bocas de las alcantarillas se ensanchaban, tanto y tanto, que ya eran unos riachuelos. Y los adoquines habían ido ablandándose hasta deshacerse en terrones, cubiertos de hierba. En vez de las bocinas de los automóviles oíanse gorjeos de pájaros.

Pirula se detuvo, jadeante. Miró en torno suyo, y quedóse absorta de júbilo. Estaba en pleno bosque.

Los rayos del sol apenas penetraban por entre los altos y tupidos árboles. A un lado, el río—un río ancho y lento—se deslizaba entre una bóveda de ramas y bajo un enjambre de mariposas y libélulas. El césped, mullido como un tapiz de margaritas, amapolas y tréboles, debía esconder á legiones de gnomos. Porque aquel bosque debía de ser un bosque de cuento, de los que estaban encantados, como á Pirula le gustaban. Era la primera vez que lo veía.

¿Lo era de verdad? ¿Podrían suceder allí aventuras misteriosas y divertidas, como las que había leído?

Vamos á verlo. Por lo pronto, Pirula sintió muy cerca de sí unos pio-píos que le eran familiares; y cuando alzaba la vista para enterarse de dónde procedían, dos pájaros amarillos se posaron suavemente en su regazo.

Pirula, loca de alegría, lanzó un grito. Aquellas aves eran los canarios que tenía en su casa, á los que quería tanto como ella á Papá-Chitón.

—Te hemos seguido—le dijo *Colete*, el macho—, porque antes de pegarle la calcomanía al abuelito, cuando nos llevaste el azúcar, te habías dejado abierta la puertecilla.

—Aquí nos tienes—agregó la hembra—decididos á seguirte adonde vayas. Ya sabes que te queremos mucho más que la Boni y la Pilar.

Pirula les dió en el pico un beso muy largo.

—Pues mirad—exclamó—. Ya que estamos juntos los tres, vamos á buscar aventuras. ¿Os parece bien?

Los pajarillos agitaron las alas, contentos. El macho replicó:

—Las buscaremos, sí; pero con una precaución. Como eres tan traviesa y tan atrevida y para correr aventuras es preciso ser cautos, nosotros, ésta y yo, en vez de volar y aturdirte más, marcharemos cuidadosamente por la tierra. Verás cómo así todo nos sale á pedir de boca.

Pirula les dejó escapar, y de pronto, en un decir Jesús, los vió trocados en dos hermosos caracoles.

II

PIRULA OYE UNOS RUGIDOS

—¡Qué bien, qué bien, chicos!—dijo palmoteando Pirula. Y quitándose la cinta de seda de la camisa, se la ciñó al cuello de los caracoles.—Tenéis mucho talento porque no se os ha ocurrido transformaros en perros. Los perros ladran por cualquier cosa y espantan á los duendes y á los gnomos. Bueno; con esta cinta me guiaréis vosotros, y os llevaré yo, según se nos ocurra. Y mucho cuidado, porque en este bosque debe haber aventuras á montones.

Avanzaron lentamente. Los caracoles alargaban sus cuernecillos y los movían en todas direcciones, como hacen con las orejas los perros y caballos. Al pie de los altos árboles se veían grupos de setas enormes, cada una de color diferente.

—¿Veis?—gritaba Pirula, muy alegre—. Ya empieza lo bueno. Estos son los paraguas de los duendes y gnomos que viven escondidos entre las raíces. ¡Qué tonos tan bonitos tienen! A lo mejor es que aquí llueve cada día de un color diferente, y no como en el barrio donde vivimos, que...

En aquel momento se oyó un rugido espantoso; un rugido agudo, largo, igual que si se hubieran puesto á pitar cien chimeneas de fábrica y otras cien sirenas de barco.

—¡Atiza! ¿Qué será!

Los caracoles se subieron al tronco de un árbol.

—Allá lejos se ve una puertecita que debe ser misteriosa.

—¡Pues si es misteriosa, adelante!—exclamó la muchacha.

—Cuidado, Pirula—le previno *Colete*, el macho.

—Que no llevamos armas, mujer—le recordó *Coleta*, la hembra.

—¡Andando! No seáis miedosos. Yo rezaré una salve por los tres, y además besaré este amuleto que me dió Chacha-Risa.

Y sacándose el pecho, les mostró un medalloncito, tras cuyo cristal brillaba como una gota de sol.

—¿Qué alhaja es ésa?—preguntó *Coleta*.

—Una lágrima de mi mamá, que le dió á mi abuela para mí cuando se subió al cielo. Porque mi mamá, aunque se iba al cielo, se fué llorando porque le daba pena separarse de mí. Y la guardo como un tesoro. No he visto ninguno que brille más.

—Lo sabemos—repuso *Colete* poniéndose muy serio—. No hay joyería mejor que los ojos de una madre.

Pirula iba á hacer una caricia al caracol, que tan buenos sentimientos tenía desde que había nacido canario; pero un nuevo rugido, esta vez más feroz, retumbó como un trueno interminable.

—Mal genio tiene el ogro—murmuró *Colete*.

—A lo mejor es que no ha comido todavía—observó Pirula.

—O que le ha hecho daño el almuerzo. Si hubiera tomado bicarbonato como Papá-Chitón, no escandalizaría tanto.

En aquel instante, un saltamontes muy lindo, con su casaca verde, se acercó á ellos y soltó la carcajada.

—No hay tal cosa. El dragón ese—porque os prevengo que es un dragón más grande que dos ó tres ballenas empalmadas—se hizo dueño de este bosque hace varios siglos, y desde el año pasado está á todas horas enfadadísimo.

—¿Por qué?

—Porque de noche, cuando está durmiendo, vienen unos cuantos hombres con su hacha y derriban todos los árboles que pueden. Son unos canallas que gozan destruyendo; esa es la verdad. ¿Para qué cortan tan hermosos troncos? Si fuera para comérselos...

Pirula se echó á reír.

—Bien se ve, querido amigo saltamontes, que tú no sales nun-

ca de tus trigales y tus alamedas y que apenas has corrido mundo. Esos hombres del hacha son ni más ni menos que leñadores, carpinteros, gente que necesita madera para prenderla fuego y calentarse ó para hacer camas, mesas, techos, postes de telégrafo y traviesas de ferrocarril... Anda, dime dónde está ese dragón, que voy á contárselo para que se le quite el mal humor.

El saltamontes se rascó la cabeza con una de sus patas, erizada como una sierra, y se marchó dando un gran brinco.

—Allá vosotros. Pero no se os olvide que le gusta con delirio la asadura fresca de niño. Y que los caracoles se los toma como si fuesen aceitunas...

Pirula, sin hacerle caso, tiró de la cintita que llevaba unidos á *Colete* y *Coleta* y avanzó por entre las raíces de los árboles y bajo las cúpulas de los hongos.

A los pocos pasos distinguieron una puertecita roja, bien empujada en el tronco de un gigantesco roble.

—Esa debe ser la portería del ogro. Por las trazas es peor que la de casa. No tiene ni ascensor.

Y quiso emprender una carrera para llegar en seguida. Pero sus amigos, pegándose á tierra, tiraron de la cinta, y lo impidieron.

—Calma, calma—dijo *Colete*—. Acuérdate de lo que nos dijo el saltamontes.

—¡Puf!—exclamó Pirula—. Parecéis unos chiquillos, que tienen miedo hasta de su sombra. A los saltamontes, como son tan pequeños, todo se les antoja enorme. ¿Qué os apostáis á que el dragón ese no abulta ni lo que un pavo? Pues á los pavos, en casa, nos los comemos, por Navidad, asados, con la barriga rellena de castañas y manzanas...

Otro alarido más retumbante que los anteriores, y más cercano, hizo retremblar las hierbas y las ramas. Bandadas de mariquitas y de murciélagos emprendieron el vuelo. Hasta algunas setas se agrietaron, como sombrillas viejas. Unas lagartijas, también llenas de temor, se escurrieron serpenteando, sin saber dónde esconderse, hasta que, aturdidas, quisieron meterse en las bocas, abiertas como portamonedas, de unas ranas. Su suerte fué que tropezaron y, tan listas como de costumbre, dieron media vuelta.

En el agujero de sus madrigueras, unos conejos asomaban el hocico encogiéndolo como si fuera de goma. Cada vez que resonaba uno de los bramidos del ogro, daban la vuelta á escape mostrando su rabito, redondo y blanco lo mismo que una boirla para los polvos.

Todo el bosque temblaba, aterrado. Las hormigas rompían sus hileras, desparramándose camino de sus covachas. Los escarabajos peloteros soltaban su balón, que rodaba dando tumbos sin que ningún pájaro se atreviese á picarlo. Y en las ramas, las orugas se encogían, como caracoles. Al revés de los caracoles, que se encogían dentro de su concha, como orugas...

Pirula se había detenido.

—¿Qué piensas?—preguntó *Colete*.

—Que el maldito dragón alborota mucho más que yo cuando me bañan... Habrá que darle unos azotes.

Y corrió, corrió hasta llegar á la puertecita encarnada.

En vano los caracoles intentaron retenerla. La muchacha soltó la cinta y, santiguándose, por si acaso, empujó los tabloncillos.

Al fondo, después de una senda de guijarros, veíase un agujero obscuro, espantable. Pirula, siempre animosa, acercó el rostro estirando la nariz para «olfatear» el misterio.

—En primer lugar—pensó—, este boquete es demasiado pequeño para que pueda pasar por aquí el dragón, el ogro, ó lo que sea.

Entonces, una malva real que se hallaba cerca de Pirula agitó sus corolas y le susurró:

—Es una tarasca poco mayor que un lagarto; pero que se hincha espantosamente todos los domingos, cuando sale á devorar niños extraviados y niñas descuidadas. El otro día se comió á una ama de cría con el cochecito del nene, con el nene y con el novio del ama de cría, que era soldado y no llevaba el machete por un olvido. El año pasado se tragó todo un colegio de parvulitos, que estaba merendando, mientras los profesores charlaban junto al río. Cuando á la tarasca se le hinchan las narices, que es lo primero que se le hincha, no se puede parar en el bosque. Con decirte que yo misma tengo que disfrazarme de cardo borriquero para que no se fije en mí...

—Seguramente es que la pobre está encantada—dijo Pirula—. ¿No hay hadas ni brujas en este bosque?

—Sí las hay, pero son ya muy viejas. A unas se les ha perdido la varita de virtudes; á otras, como se casaron y tienen muchos hijos, se les quitó la gana de hacer maravillas. Tú eres la única muchacha que desde que yo vivo se ha aventurado á llegar hasta aquí. Como eres tan preciosa...

—¿Qué?

—Pues quién sabe si á la tarasca le gustas...

—¿Y qué?

—Pues le gustas y te perdona la vida.



«Lo espantoso de la lucha si que asustó un poco á Pirula»

—Me alegraría, no creas. Yo lo que deseo es desencantarla. Y poco he de poder si no lo consigo. A ver. ¡Coleta, Coleta! ¡Venid!

—¿A quiénes llamas? ¿A dos gigantes, quizás? ¿A dos guardias? Pirula soltó la risa.

—Llamo á dos amiguitos míos, mansos como palomas y dulces como corderos.

—¿Traen cañones, por si acaso?

—No hace falta. Me quieren mucho y les quiero yo. Cuando se juntan unos amigos no importan las tarascas. Vas á ver cómo la desencantamos. ¡Coleta, Coleta! ¡Vamos, venid corriendo!

III

EN LA CUEVA DEL MONSTRUO

La tarasca, ogro ó lo que fuere, estaba, en efecto, de un humor de cien mil pares de diablos; pero la verdad es que no le faltaba razón. Los buhos más viejos de aquel bosque lo sabían. El pobre animal era un desgraciado...

Antiguamente, hacía siglos, cuando la tarasca, joven y menos horrorosa que hoy, era una traviesa tarasquilla, comenzó á pasar muy malos ratos. Las brujas y los magos que entonces vivían en los pueblos de aquellos alrededores no dejaban en paz al monstruo, aunque no se comiese á nadie vivo, por la sencilla razón de que ningún ser vivo se atrevía á acercársele. ¿Y sabéis por qué razón le perseguían con tanto interés las brujas y los magos? Pues porque la tarasca, harpía, corrupta, Gran Tragoncia, ogro, dragón ó Milbestias—que de todos estos modos llamaban al formidable bicho—poseía unas plumas, unas escamas, un corazón y unos intestinos que, machacados convenientemente, y mezclados con jugos de hierbas, hilos de telarañas, baba de sapo y otras porquerías, formaban un unguento muy utilizado por las brujas y los magos para curar las enfermedades.

Deseosos, pues, si no de matarlo de una vez, por lo menos de quitarle á pedazos las uñas, las escamas, las plumas y los cuernos para venderlos y ganarse buenas bolsitas repletas de oro, las brujas y los magos organizaban cacerías contra la tarasca, allá á la media noche, que es cuando los monstruos, hartos de comer carne humana, sue-

ñan las cosas más bonitas y se quedan dormidos como marmotas ó lirones.

La tarasca pasó unas noches malísimas, sin poder pegar ojo. Sus enemigos llegaron, aprovechando un descuido, á arrancarle un diente y una pluma. Menos mal que todas las brujas y magos que se habían reunido principiaron á reñir para repartírselos, y entonces la tarasca, ¡Aaaaahoaajjjj!, dió una tremenda dentellada y se tragó á no sé cuántos de los cazadores. Un mago estaba muy tiernecito y algunas brujas, efervescentes, ya con los huesos casi hechos polvo, le facilitaron deliciosamente la digestión.

Pero así no era posible continuar viviendo. Y conforme pasaban los siglos, y el animal crecía, y la selva mágica dejaba de serlo, la tarasca se quiso poner á la moda. Puesto que todo mejoraba, y por el cielo, en vez de águilas de carne volaban unos extraños pájaros de aluminio, y allá por el otro lado del bosque en vez de la flauta del ruiseñor se oía el claxon de un automóvil, la señora tarasca se transformó en un monstruo á la moderna, un monstruo científico, con todas las perfecciones, y como quien dice garantizado por muchos siglos más de los incontables que ya había vivido.

Todo era una maravilla industrial. La piel, con sus preciosas escamas de níquel, no la usaban mejor los reyes y emperadores más barbudos del universo. El lomo, formado por una pasta de cemento y de caucho, ofrecía una resistencia increíble. Las garras y los cuernos eran de celuloide legítimo. El pico, de acero, se lo afilaba todos los días en una piedra. Los dientes, muchos de ellos cubiertos de oro para que no se cariasen, eran del mejor marfil que se empleaba en la fabricación de bolas de billar. Movía la cola y las patas con rapidez extraordinaria, gracias á una estúpida combinación de tornillos y bisagras. En cuanto á los ojos...

Los ojos eran otra maravilla: dos lámparas de filamento último modelo, que no las usan en la estación más completa de radiotelefonía. Por la noche los ojos de la tarasca alumbraban potentísimos como faros, y los mochuelos, buhos, conejos, liebres, ciervos, alacranes, escarabajos, serpientes y lagartijas, deslumbrados, acudían hasta las mismas fauces del monstruo, el cual se los comía sumamente encantado de ser tan científico.

En su cueva, adornada con miles de estalactitas y estalagmitas de todos colores y fabricaciones, tenía un gran repuesto de *vermuts* y

cocktails, con el fin de que le abrieran el apetito los días en que no le era posible agenciarse algún chiquillo bien alimentado. También, en sus ratos de ocio, la tarasca solía confeccionarse unas salsas misteriosas, muy cargadas de hierbas aromáticas, para condimentar con ellas las entrañas de los niños, y conseguir que sus asaduras estuvieran lo más blanditas posible.

Por último, el terrible animal se había instalado en el pecho un aparato mecánico para producir alaridos, bramidos, resuellos, rugidos y vozarrones tan retumbantes que hasta á los gallos les ponían la carne de gallina. Y por si acaso tales estruendos no surtían efecto porque se estropeara de repente el mecanismo, todos los sábados renovaba un depósito de pólvora de primera clase para arrojarla encendida por pico, pupilas y gañote y abrasar al que osara atacarle.

Después de lo dicho, ¿puede imaginarse que intentara alguien acometer á la fiera? Ya lo creo que había alguno, y aun algunos. La codicia de ciertas gentes es inconcebible.

Por el bosque y sus inmediaciones se había corrido la voz de que la tarasca era un animal riquísimo, tan valioso como temible, y todo el mundo, lo mismo que los hechiceros de antaño, ansiaba capturarlo en conjunto ó en parte, para venderlo y obtener una bonita ganancia.

De día, de noche, á todas horas, no faltaban atrevidos que formasen cuadrillas y atacaran al monstruo, claro es que de manera sigilosa, esto es, escondida y hábil. Unos le tendían trampas; otros, subidos á un árbol, le disparaban nubes de gases asfixiantes; quiénes llevaron un cañón y pretendieron destrozarlo á fuerza de metralla.

Pero el dragón, astuto, siempre alerta, burlaba las agresiones, emboscadas y peligros, y en su piel y en sus escamas rebotaban las balas y las flechas, sin producirle el menor daño.

En cierta ocasión, furiosamente excitado, persiguió á sus enemigos leguas y leguas hasta llegar al mismo pueblo donde vivían. Fue la vez en que estuvo más amenazado de perecer á manos de los hombres. Ciego de furor, el monstruo devoró al maestro de escuela y al boticario. La gente, asustada, no se atrevió á arremeter contra la bestia, para salvar á los infelices atacados.

Sin embargo, yo os diré la verdad, y la verdad es que el ogro había hecho perfectamente con tragarse al maestro porque era un viejo de pésima bilis que no hacía más que pegar á sus alumnos, y el boticario era un tunante que en vez de despachar las medicinas como Dios manda se lo encargaba á un ayudante muy bruto mientras él seguía jugando á la baraja—cosa en la que, francamente, tenía mucho talento.

En fin: que el dragón, antes y ahora, no vivía en paz, y que estaba siempre, como os he dicho, de un humor pésimo. Apenas salía del bosque, temeroso de que un enjambre de atrevidos le desplumara ó le descuartzase para utilizar su níquel, su celuloide, su martil, etc. Solamente las lámparas debían valer un dínaral.

Apenas salía, pues, de su caverna, desde la que lanzaba aquellos alaridos que, en realidad, no asustaban sino á los forasteros. El infeliz dragón, ya bastante anciano y con unos cuantos dientes de menos, estaba á régimen, y en vez de comer entrañas humeantes de niño—aparte de que ningún niño cometía la imprudencia de acercarse por aquellos andurriales—, sólo chupaba unos yerbajos que sabían á demonios.

Pirula, según es de suponer, ignoraba todo esto. Como tampoco sabía que la tarasca había olfateado su llegada al bosque, y que esto había encolerizado mucho al monstruo.

—¡Vaya!—gruñía—. No voy á tener más remedio que tragarme á esa chiquilla... ¡Yo, que no quería alterar mi régimen, ahora que me sentía tan repuesto!

Y bostezando de rabia, se retorció cuan largo era, produciendo un estrépito ensordecedor con sus tornillos y charnelas.

Al sentir que Pirula había empujado la puertecita, camino del antro donde dormía la tarasca, exclamó (despidiendo fuego por un ojo, para gastar menos, ya que se trataba de una criatura y no de una persona mayor, que siempre impone más respeto á los ogros):

—Si se acerca de prisa, demostrará que es una muchacha valerosa, sin miedo á nada, y en recompensa la mataré de un zarpazo y la dise-caré para colgármela sobre el pecho, como un dije. Pero si la muy tímida se asusta y tropieza para entrar..., ¡grrrrchfff!—; y el ogro lanzó un resoplido que ladeó varias estalactitas cercanas—; si entra con lentitud de cobarde, no voy á tener más remedio que matarla de un zarpazo, y además, comerme todas sus entrañas bien rehogadas en pasta inglesa de tomate, aunque después me abra-se el estó-mago... ¡Ujjj!

Pero, ¡menudo chasco se llevó la tarasca!

Pirula entró en la cueva rápidamente, con la cabeza en alto, como si sus melenas y rizos fuesen otros tantos estandartes. Los caracoles, siempre juiciosos, se negaban á avanzar con tanta prisa como su dueña, y, arrastrados por la cinta, daban atroces volteretas.

—¿Eh?—gritó la tarasca al ver á la niña—. ¿Qué miserable piltrafa eres? ¿Cómo te atreves á llegar hasta mí, que puedo, de un soplo, convertirte en papilla

Lo dijo ahuecando un poco la voz, porque lo cierto es que al monstruo le había hecho mucha gracia verla tan decidida y también tan mona.

—Vengo á desencantarte—contestó Pirula, á la vez que caía de rodillas, no se sabe si porque á última hora sus piernas se doblaban de miedo ó porque se acordaba de la Virgen para implorar, con una Salve, su amparo.

De todos modos, Pirula rezó su plegaria, sin dejar de acariciar el medalloncito donde guardaba el recuerdo de su mamá.

La tarasca, considerando oportuno amedrentar á la chica, dió un salto, extendió una zarpa, dispuesta á dar fin de Pirula; pero en aquel mismo instante los caracoles lanzaron dos chillidos como de rata, y ellos, con la cinta, se convirtieron en una serpiente, gorda, larga, silbadora, que se enroscó en un santiamén al monstruo...

Y para que se vea lo que son en ocasiones los monstruos. La tarasca, al sentirse asfixiada, empezó—¡quién lo creyera!—á pedir auxilio, socorro y favor.

Los espantoso de la lucha sí que asustó un poco á Pirula, obli-



«Alzabase una roca y en lo más alto de ella un castillo «de cuento» con sus torreones»

gándola á alejarse algo y aun á emprender carrerilla al otro lado del cubil.

La serpiente, liada al cuerpo del dragón, hacía crujir sus huesos y sus resortes y palancas, que iban saltando en trozos. La tarasca le atizó algunas dentelladas á su rival; pero no pudo vencerlo. Se le saltó un ojo; varias muelas de oro danzaron por el aire. Empezó á gemir débilmente, como un corderillo...

Pirula tuvo lástima y se marchó de allí. Pero entonces sucedió otra peripecia fantástica, y es que, según la gran tarasca se deshacía, derrotada, de sus trozos formábanse unas tarascas pequeñas que aullaban, y escupían fuego, dando unos brincos tremendos.

Pirula vió que el asunto tomaba mal aspecto. El recurso mejor era huir, y así lo hizo. Volvió la cabeza en busca de una salida. Y ¡oh, milagro! Allí mismo, de repente, surgió una puerta que ó no existía antes ó no había visto. El caso es que Pirula desapareció tras ella con celeridad de ratón.

Pero, siguiéndola, tres ó cuatro tarasquitas, que no dejaban de resoplar y de graznar, fueron á caer sobre ella. Pirula apretó la marcha, medio riéndose, porque aquellos animalejos tenían un aspecto muy cómico que no podía causar sobresalto; mas como se descuidase un segundo, sintió que la garra de uno de ellos le tiraba del pelo, y no tuvo más remedio que correr con nuevos bríos.

Tropezó, cayó...

Cayó sobre una hermosa malva real, que se elevaba en mitad del suelo.

—Ahora—pensó Pirula—sí que te has caído doblemente y te hacen cordilla...

Y cuando esperaba que los bichejos la devorasen, sintió que subía, subía, suavemente. La malva real, creciendo y estirándose, como un árbol que quisiera llegar al cielo, dejaba á la chiquilla fuera y lejos del alcance de las tarasquitas que chirriaban, rabiosas de desesperación.

IV

EL CASTILLO Y SUS DUENDES

Una vez que la gigantesca flor estuvo muy en lo alto, inclinóse formando una curva hasta llegar á tierra, donde depositó á Pirula, sobre una alfombra de césped.

—¡Qué bien; pero qué requetebién!—gritó, contentísima—. Dios te lo pague.

—Ahora—dijo la malva real—supongo que te volverás á tu casita.

—¡Quiá! Allí no hay aventuras. Total hace unas horas que he salido... Si lo siento, no creas, es por mis abuelos, que los quiero á rabiarse... Pero á mí me entusiasma correr mundo. ¿Tú sabes qué camino es éste? Oye otra cosa; antes de contestarme dime dónde hay algo de comer. Porque tengo un hambre horrible; hambre de náufrago, lo menos...

De la corola de una de las campanillas salió otra vez la voz dulce:

—¿Ves aquella montaña? Pues al pie, entre unos zarzales, encontrarás la entrada de una mina de miel.

—¿Una mina de miel?

—Como lo oyes. En California hay muchas. En la entraña del monte han elegido su vivienda infinidad de abejas que los sabios conocen: la egipcia, la de Java, que es enorme; la melipona, norteamericana, que no tiene aguijón... Ya verás. Yo lo sé porque á menudo vienen á beber en mis cálices y charlan por los codos.

—¿Y me dejarán entrar?

—Los niños entran en todas partes.

—Pues quédate con Dios. ¡Ah! Y á ver si encuentras á mis caracolos y me los mandas...

Se marchó corriendo por un camino festoneado de rosales y campanillas. A lo lejos la montaña, azul, cambiaba de color, y se tornaba roja, verde, amarilla... Pirula, más alegre que nunca, se puso á cantar, mientras apretaba el paso.

Por fin encontró un arroyuelo de agua transparente, en cuyas márgenes crecían juncos, espadañas y otras plantas silvestres. Un tropel de abejas doradas iba y venía sobre las florecillas. Y lo curioso era que aquellos insectos, según revoloteaban, despedían un sonido semejante al del violín, la flauta y los platillos, cosa que acabó de entusiasmar á Pirula.

Notó, además, que las abejas no sólo no huían de ella, sino que incluso alguna se posaba en sus rizos, en la frente, en la boca.

—¡Azúcar!—pensaba Pirula, sin atreverse á espantarlas—. A lo mejor es que me queda en los labios alguna bigotera del chocolate de esta mañana.

Siguió á las mayores, que formaban una procesión musical por un túnel de mirtos, y de pronto descubrió el arco de entrada de una gruta.

Debía de ser el palacio de las abejas, ó mina de miel.

En efecto: Pirula no se había equivocado.

Las paredes aparecían cubiertas de esa especie de casilleros ó nichitos donde estos volátiles gustan de depositar el producto de sus correrías por las vegas y los jardines, y el efecto no podía ser más bonito. Hebras de oro, como rayos de sol, estalactitas resplandecientes, artesonados como hechos con astillas de cristal y virutas de espejos, confundíéndose mágicamente, daban la sensación de que en la gruta había una gran hoguera... que no quemaba ni despedía hu-



«Infinidad de negros, de rodillas y con la cabeza baja, permanecían inmóviles»

mo. Por añadidura, las musiquitas de tanto insecto embelesaban el oído.

Pirula creyó volverse loca de júbilo en aquella magnífica colmena que no admitía rival con la confitería mejor surtida. ¡Poco que le gustaba á ella lo dulce! Cogió unas hojas de morera para no pegarse las manos, y «atacó» á una especie de tarta monumental que surgía de la pared...

La gruta se prolongaba, siempre brillante de miel riquísima, igual que un camarín lleno de luces. Al final se abría un camino cada vez más estrecho. Por él se aventuró Pirula, una vez bien satisfecho su apetito.

Así anduvo y anduvo bastante tiempo, sin dejar de relamerse porque la golosina le supo á poco. «Mañana volveré á darme otro atracón. Bueno; atracón, no—rectificó—, porque no tendría gracia que me pusiese enferma de la tripa en estos sitios encantados, donde, á lo mejor, no hay médicos...»

El camino iba haciéndose cada vez más estrecho, hasta que á uno y otro lado apareció el mar. ¡Magnífico! A Pirula le gustaba el mar casi tanto como los dulces. Y lo más estupendo es que al final de la senda, que se extendía igual que un puente, alzábase una roca, y en lo más alto de ella un castillo «de cuento», con sus torreones y sus almenas...

Pirula dió unas volteretas de alegría.

—Allí me tienen que pasar muchas cosas... Lo menos viven en aquel castillo, Barba-Azul, Pinocho, Capercucita, el Gato con Botas, la Cenicienta, Gulliver, Simbad el marino, Robinsón y Peter Pan...

¿Acertaba Pirula?

Mientras ella sube por la falda de la montaña, vamos á ver nosotros quiénes vivían en el castillo embrujado.

Porque embrujado estaba, desde luego. Y su situación era la correspondiente á un cuento de duendes, fantasmas ó, por lo menos, de piratas.

¡Menudos piratas, ladrones, granujas y canallas eran los misteriosos moradores del castillo!

Se reunían á media noche, cuando regresaban de sus fechorías, y poníanse á bailar en corro, dando aullidos tan amedrentadores que las mismas águilas y gaviotas huían. ¿Y sabéis en qué consistían sus hazañas? Pues nada menos que en quitarles á todos los niños algo que vale más que los juguetes: el gusto de vivir y de ser buenos, formales y alegres.

Los duendes del castillo, invisibles, naturalmente, se metían en todos los hogares donde había muchachos, y al que lloriqueaba en su cuna le quitaban el sueño, y al que reñía con su hermano le arrebatában la risa, y á otros se les llevaba la obediencia, y á otros el respeto, y á otros la amabilidad... A muchos aquellos malditos tunantes les dejaban sin educación, que es lo más espantoso que puede sucederle á cualquiera, por pequeñajo que fuere.

Así, una vez cometido su robo, en infinidad de casas se quedaban otros tantos niños enfermos, pálidos, gruñones, antipáticos, egoístas, que causaban la tristeza y la desesperación de los abuelos, de los padres, de las niñeras, de los amigos. Eran, realmente, insupportables. Porque un nene sin juguetes todavía sabe entretenerse con las bromas de su tío ó los cuentos de su abuela; pero un nene sin sueño ó sin urbanidad es un desgraciado del que no se puede hacer carrera...

En los inmensos salones del castillo, los duendes almacenaban todo lo robado, que formaba pirámides hasta el techo. Allí había montones de sueños de niña, lindísimos; y ganas de comer, tan coloraditas y frescas; y palmoteos y pucheretes y muécas y gestos que eran unas monadas; y miradas cariñosas, y palabras dulces, y saludos, y despedidas, y sonrisas de las mejores, y besos de los fuertes y abrazos de los que aprietan y no se concluyen... En suma: allí estaba el almacén de las gracias y atracciones infantiles que convierten cada hogar en un paraíso.

Pirula pudo enterarse aquella misma noche, cuando, escondida en el aposento de al lado, oyó las carcajadas y los gritos de los duendes.

—¿Y qué hago yo con este ejército de granujas? ¿Cómo los desencanto y los vuelvo encantadores, si, por lo que veo, no lo serán nunca?

Al amanecer se marcharon, según su costumbre. Pirula, asomada á un ventanal, se puso á pensar en su situación. Por vez primera no le hacía gracia. Allí abajo veía el mar, interminable, inmenso, sin una embarcación, rodeando el castillo como si fuera una cárcel. En los salones, tras de la puerta de hierro que los guardaba, los tesoros querían escaparse, y se pasaban las horas gimiendo, suspirando, llorando... Daba pena oírlo. Claro es que la aventura más preciosa que podía ocurrirle á Pirula hubiera sido romper los cerrojos y libertar á los tesoros tan ferozmente aprisionados; pero no tenía

fuerzas. Lo intentó, y tuvo que renunciar á su empeño, con las manos ensangrentadas. La única solución era marcharse.

Y fué la que Pirula rechazó con más energía. Ella no abandonaba á los cautivos. Ella no tenía valor para dejarlos en su encierro sometidos á la crueldad de aquellos bribones.

¿Qué hacer?

Reconociéndose incapaz de resolver el conflicto, Pirula se acordó de su madre, se acordó de los caracolitos, se acordó de Chacharisa, de Papá-Chitón, y entonces, sin querer, tuvo esa idea que se les ocurre á todos los que están muy apurados: se puso á llorar.

Pirula no lloraba casi nunca; bueno es que se sepa. Aquella vez reconoció que no le quedaba otro recurso. Llorar con toda el alma, pero sin armar ruido, para que no la oyese nadie..., y pidió auxilio á la Virgen.

Bien sabía Pirula que no habrían de desampararla. Porque tan pronto como sus lágrimas principiaron á rodar por sus mejillas y á caer desde la ventana al aire, las lágrimas se trocaron en nubes, y las nubes, cada vez más anchas, encapotaron el cielo hasta que en pocos minutos estalló una lluvia torrencial.

Pero al mismo tiempo, y por el lado contrario, el cielo mostraba una clarita, por la que se escapaban unos rayos de sol. Al chocar con el aguacero se produjo el arco iris, con su espléndida curva que arrancaba del horizonte marino, para venir á inclinarse, ¿dónde diréis?: al pie mismo del ventanal, en el regazo de la llorosa Pirula.

Y antes de que la muchacha pudiese darse cuenta de la catarata de luces que le encendía el rostro y las manos, del comienzo del arco, allá en lo último del mar, surgieron siete angelitos, cada uno de un color diferente, los cuales dieron un gracioso salto hasta el salón del castillo.

—Anda, anda, vente con nosotros—le dijeron á la vez—. Aquí morirías sin remedio.

—¿Por qué?—preguntó Pirula, mitad llorando aún, mitad riendo.

—Porque eres una muchacha que está siempre contenta, y eso es lo que hace rabiar más á los tunantes, á los duendes y los diablos. Anda, cógete bien, y no llores, porque cada lágrima tuya pesa una atrocidad. En el camino te contaremos nuestra historia.

Sin que se lo pidieran de nuevo, Pirula, ayudada por los siete ángeles—colores del arco iris—, emprendió el vuelo sobre el mar. Todos estaban locos de júbilo. El ángel rojo, moviendo las alas con graciosa agilidad, empezó á contarle á la muchacha:

—Este verano, como hemos sido demasiado revoltosos, Dios nos ha castigado á estar presos en este arco tostándonos y achicharrándonos en el aire, los días de tormenta...

—¡Bah!—interrumpió el angelote azul—. Lo peor no es eso, sino la amenaza que nos ha hecho San Pedro, si seguimos dándole guerra este invierno...

Pirula no quiso averiguarlo, entretenida en acomodarse bien para no escurrirse y dar de bruces en tierra.

—Lo peor—continuó el ángel azul frunciendo las cejas—es que nos va á convertir en globitos de bazar todos los jueves...

—¿Y qué?—interrogó, por fin, Pirula, cándidamente.

—¿Cómo que y qué? Pues que reventaremos todos los jueves... Pinchados, aplastados, rotos... Así que no conocemos á los niños que hay por esos mundos...

Entonces intervino otro querubín, el amarillo, que le dijo á Pirula, guiñando retrechamente un ojo:

—Tú fíjate en los paseos y jardines, y verás cuántos globos se escapan todas las tardes en Madrid... Es el castigo que les dan á los chicos, por malos. Y te advierto que los globos, enfadados, se ponen de acuerdo con los barquillos, y los pirulís y los helados, para que aquella tarde esos chicos que no saben tener un juguete sin romperlo, pesquen una buena indigestión...

V

PIRULA CAE DE CABEZA EN UN RARO PAÍS

Los siete revoltosuelos, mientras charlaban quitándose la palabra el uno al otro, no hacían más que enredar por el aire, columpiando á Pirula entre sus brazos. Más de una vez la chiquilla, frunciendo los ojos y sacando el hociquito, hubo de decirles un poco enfadada:

—Cuidado, que me vais á dejar caer al mar, y no me gustará darme un chapuzón.

—No tengas miedo... ¿O es que eres una cobarde?—le preguntaba uno de los angelines, para hacerla rabiar.

Y sí que rabia Pirula. ¡Cobarde ella! ¡Si supiesen aquellos diablillos las aventuras que estaba pasando!

Soplaba el viento, y los siete colores del arco iris, dando brinco y cabriolas que les hacían reír á carcajadas, tiraban cada cual de Pirula por un lado, como si la creyesen de goma. La chica, por pri-

mera vez en su vida, viendo á sus pies las olas enfurecidas, se asustó.

—¡Que me voy á caer!—gritaba—. ¡Mirad, que me tiráis!

Pero ellos, juega que te juega, no la hacían caso. Y de repente, ¡plaf!, Pirula que cae al agua. Los angelines, espantados al ver lo que acababa de sucederles, salieron volando hacia una nube, y sin pizca de compasión abandonaron á la infeliz chiquilla...

La cual tuvo la suerte de caer con tanta fuerza que las faldas de su vestido se hincharon y la permitieron flotar lo mismo que si se sostuviera sobre un salvavidas. Claro que esto fué en los primeros instantes, y que Pirula comprendía, porque no tenía pelo de tonta, que las faldas acabarían por mojarse, sepultándola en el terrible fondo del abismo. Pero otra vez, como en todos los casos de apuro, cogió su medalloncito del pecho donde guardaba la lágrima de su querida mamá muerta, á la vez que le rezaba con mucha prisa—¡cualquiera desperdiciaba el tiempo!—, no sé cuántas salves á la Virgen.

Distraída con ello, tardó en darse cuenta de que, mientras las olas la traían y bajaban como en una montaña rusa, había tropezado con un bulto desconocido, el cual se agitaba furiosamente, ahogando unos chillidos lastimeros.

Pirula, contenta otra vez, porque lo que más le entristecía era la idea de aburrirse horas y horas en aquel mar tan azul y tan inmenso siempre, se acercó á socorrer á aquella especie de animalucho misterioso. Llegaba á tiempo. Era una gaviota que agitaba las alas con desesperación dentro del

se encendieran, y Pirula se creyó que estaba en su camita, arropada con los edredones más suaves y preciosos del mundo.

Y siguieron vuela que te vuela, á veces tan arriba que se entraban en una nube llena de oro, á veces tan á ras del océano que veían el lomo de plata de los peces.

Por fin divisaron tierra. Pirula quiso descender á escape.

—No—le dijo la gaviota—. Es un país peligroso.

—¿Por qué?

—Porque le habitan unos negros antipáticos que te van á hacer rabiarse mucho.

—¿A quién, á mí?—exclamó Pirula—. Anda, ahueca el ala y aterriza... Verás quién hace rabiarse á quién. O poco puedo, ó no tardo una semana en hacer que me nombren su reina... ¡Con las ganas que yo tenía de vivir entre esa gente de jazz-band!

La gaviota, planeando suavemente, depositó á su amiga en una playa llena de extraños bultos.

—Déjame aquí—dijo la chiquilla valientemente—. Si te necesito, ya veremos.

—Como quieras—contestó el ave—. Yo me daré una vuelta todas las mañanas. Buena suerte.

—Adiós. Y ojo con las almejas.

Pirula, ya sola, se arregló los cabellos y miró en torno suyo, donde una infinidad de negros, de rodillas y con la cabeza baja, permanecían inmóviles.

—¿Qué estarán haciendo?—pensó Pirula—. A



«Ya á hombros, entre aclamaciones y piruetas, resultaba muy divertido...»

agua porque no podía sacar el pico, al que se había agarrado una almeja tragona, sin duda con el propósito de devorarla.

Pirula, compadecida, se apresuró á desprender al pájaro de las fuertes tenazas que le tenían sugeto. No dejó de costarle trabajo porque la almeja le atenazaba por la misma punta del pico. Pero Pirula empujó con maña al molusco, haciéndole hundirse en el agua. Y la gaviota, ya libre, abrió las alas, llena de alegría, y exclamó:

—Eres una muchacha de buenos sentimientos, y te lo agradezco mucho. ¿Qué haces aquí?

Pirula soltó la risa.

—Señorita Gaviota, ¿pues no ves que estoy á punto de ahogarme? Anda, anda, despabilate, á ver si puedes sacarme de este apuro... Lo peor es que eres muy pequeña y no sé si podrás conmigo. O creces tú, ó me achico yo...

—Espera—contestó el pájaro—. Quiero pagarte el favor que me has hecho, porque soy de una familia de palmípedas muy agradecida.

Y emprendió el vuelo en torno de Pirula, dando varias vueltas. Según giraba, su cuerpo, sus alas, sus patas crecían y crecían hasta adquirir el tamaño de un ibis ó un alcotán. En seguida acudió hacia la chiquilla, y posándose en las olas para que ella trepase, se la llevó lindamente por el espacio.

—Como estás muy mojada y has debido enfriarte, sugétate bien á mis plumas, y sentirás algo de calorillo.

Y en efecto, las alas del ave empezaron á ponerse rojizas como si

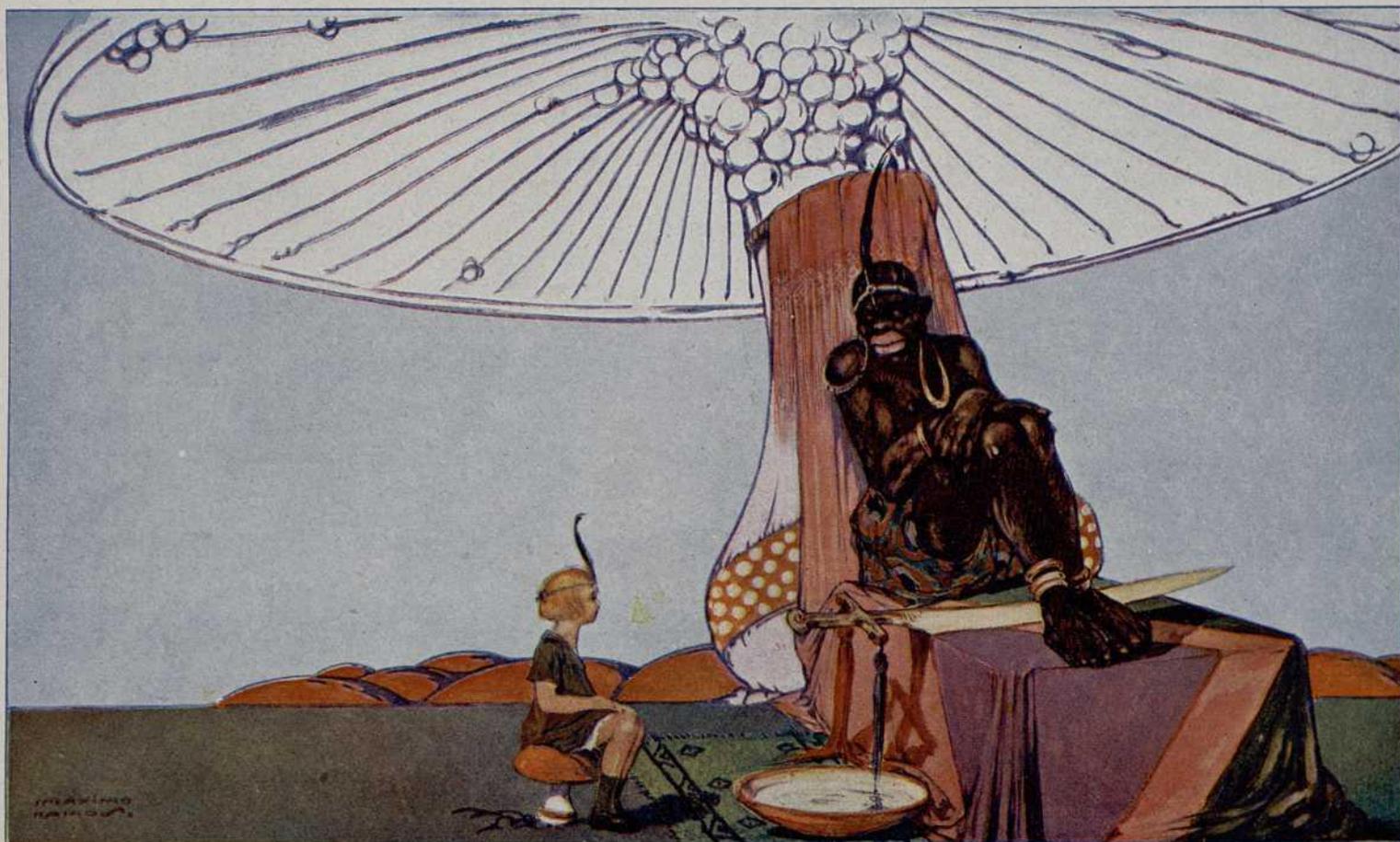
lo mejor, como son tan salvajes, se han puesto á comer hierba...

Y les dió una voz, para ver si se despertaban.

¡Vaya si se despertaron! Con agilidad extraordinaria, rapidísimos, veloces, pusieron en pie, prorrumpiendo en gritos y exclamaciones de alborozo, y rodearon á la muchacha, que no sabía qué partido tomar. Acto seguido, todos volvieron á postrarse con muestras de respetuoso acatamiento. Unos le besaban los pies; otros el borde del vestido; algunos, al mirarla, cubriánse los ojos con la mano, como si se deslumbrasen. El momento era solemnísimo, casi dramático. Pirula, sin pizca de formalidad, como de costumbre, no pudo contener la risa. Fué una explosión tan fuerte, que—¡horror!—incluso se le escaparon varios «perdigones» de saliva...

Al oírlo, todos los negros, á coro, imitándola, soltaron una descarga cerrada de relinchos, carcajadas y voces. Y se pusieron á bailar de coronilla, cosa que en aquel país era el colmo de la elegancia y del respeto. Así estuvieron un buen rato, hasta que vino á agregarse á ellos un grupo de individuos con lanzas y plumas, militarmente chatos, grandullones y serios, que debían ser guardias del rey. Y el más chato de todos, que, por cierto, llevaba un espadón de dos puntas—para eso era el capitán—, inclinándose ante Pirula, murmuró muy conmovido:

—Vengo á saludarte en nombre de nuestro soberano el Gran Preste Tumbón Ciento y Pico, y á agradecerte la visita con que nos honras. Que todos los escorpiones y lagartos, nuestros dioses, te guarden y protejan, hermosa princesa del Sol, de la Nieve



«Y se sentó tranquilamente en un escabel-honguito»

y del Coral; arrogante soberana de lo Menudo y de lo Gracioso...

Hizo otra reverencia, que todos obedecieron, bailando nuevamente de coronilla, como peonzas. Y añadió:

—Permítenos, ¡oh, maravillosa criatura!, que nuestro ministro del Contrabando y de las Falsificaciones cumpla contigo una ceremonia imprescindible: la de certificar tu autenticidad.

—¿Mi qué?—preguntó, curiosa, Pirula—. ¿Qué va á hacer ese tío?

—Convencerse de lo que á nosotros nos tiene ya convencidos; de que no eres de nuestra raza, sino de otra superior; de que no te has teñido ni pintado el rostro; de que en él, por designio de los cielos y de los mares, se han juntado las luces de la mañana, los fuegos de la rosa y las espumas de la nube... A ver, señor ministro, cumple el mandato que te trae.

Acercóse á la muchacha un negrazo viejo, con dos narices y sable de tres puntas, y después de saludarla doblándose por la cintura, le restregó un poco la mejilla, por ver si, en efecto, era de color natural ó tenía alguna capa de polvos.

A continuación el ministro dió varias zapatetas, lleno de júbilo, y gritó:

—Que los escorpiones, nuestros dioses, amparen tu sueño, y los lagartos todos defiendan tu hermosura... Eres, en efecto, la Enviada de otro país más fuerte y más rico que el nuestro. Somos tus esclavos. Te obedeceremos á tu antojo. Dignate aceptar, en señal de aprecio, esta pluma de gallo vivo, arrancada para tí por nuestro propio Gran Preste al mejor tipo de los que se crían en su granja.

Y quitándose uno de los cintajos que ceñían su pescuezo, se lo sujetó delicadamente á la cabeza, con el trofeo. La muchedumbre rugió entusiasmada, y, poniéndose cabeza abajo, empezó á aplaudir con los pies, según costumbre antigua, sólo observada con los forasteros. Excusamos decir que Pirula estaba contentísima.

Y se puso mucho más cuando vió que se formaba una comitiva y que, á una señal del jefe, varios de aquellos hombres cogían una especie de seta enorme como las que á lo lejos parecían servir de casas, y colocándola sobre ella igual que si fuese un trono, la elevaban para conducirla á hombros, con sumo cuidado y reverencia.

Indudablemente, la tomaban por princesa de algún país fantástico... Pero, ¿y si todo ello no era más que una espantosa pantomima para engatusarla y comérsela con arroz y sin contemplaciones? ¿No habría caído, por su mal, en una tierra de esos negros feroces que se alimentan con carne humana? La pluma aquella de gallo, ¿no sería la del pobrecito animal que debía, en unión de Pirula, condimentar la paella?

Sin embargo, Pirula no tembló ni un instante. Ir á hombros, entre aclamaciones y piruetas, resultaba muy divertido. Además, desde aquella altura presenciaba las manifestaciones del gentío, que cada vez iba siendo mayor, y se diferenciaban bastante de las que en Madrid había visto. Entre otras, la que más le chocó fué la de un escuadrón de bailarines-gimnastas que se encorvaban haciéndose un ovillo, y, dejándose empujar por otros compañeros, botaban mejor que pelotas, sin que les preocupase la cantidad de choques y de tropezones que se daban contra todo el mundo. Sólo así se explicaba la estupenda chatedad de todos aquellos chatos, y aun debían considerarlo como prueba de distinción porque se les veía correr en busca de los bailarines-balones, ofrecerles la nariz, con la dulce ilusión de que se estrellaran ó, cuando menos, se descoyuntasen contra ellas.

VI

VIDA Y COSTUMBRES DE LOS GANDULONIOS

¿Habéis oído decir que Fulano «trabaja como un negro»? Pues no lo creáis, porque no siempre es verdad. En el pueblo africano aquel á donde la gaviota había llevado á Pirula, todos sus habitantes, con ser tan enormes y tan achocolatados, procuraban hacer lo menos posible. Como se dice en cierta zarzuelita madrileña, «tenían ganas de trabajar, pero se las aguantaban».

¡Qué vagos tan colosales, qué haraganes tan rematados, qué holgazanes y perezosos y negligentes y apáticos eran los negros de Gandulonia! Si la Naturaleza, siempre maternal con el hombre, no les hubiera dispensado su protección, aquellas tribus de desocupados se habrían muerto de hambre, ya que no de vergüenza.

Pirula estaba atónita. Con su listeza y su curiosidad habituales, se había percatado en un periquete del género de vida que llevaban los gandulonios y de lo más esencial de sus costumbres, que no dejaban de ser divertidas.

Por ejemplo: en primer lugar, no se habían molestado nunca en construir sus casas porque para evitarles tal faena, crecían en el país unos hongos gigantes que servían de vivienda, de paraguas, de quitasol y de atalayas para ver cuándo venían forasteros. De modo que allí no existían ni arquitectos ni albañiles ni hundimientos ni huelgas.

¡Fumando, canturreando, tumbados á la bartola, aquellos negros—que, por lo pronto, no demostraban ser muy brutos—se pasaban la vida. Y si algo discurrían era sencillamente para evitarse

el menor esfuerzo, para ahorrarse la más pequeña actividad. Utilizaban á los chicos porque sabían, como lo sabemos todos los demás, que ningún muchacho puede estarse quieto, y esta gente menuda era la encargada de buscar los alimentos, cultivar el campo y construir las galas y atavíos toscos con que solían adornarse orejas, narices, brazos y pies.

Pero los mismos pequeñuelos, tan pronto como empezaban á crecer, camino de hacerse hombres, acudían á un gran campo, cuidado y sostenido por el Ministerio de los Adelantos, donde varios profesores muy viejecitos daban lecciones á fin de que los súbditos del Gran Preste Tumbón Ciento y Pico aprendieran á ganarse la vida sudando lo menos posible.

(Porque no olvidéis que en Gandulonia, tierra caliente, se sudaba mucho más que en cualquier punto europeo. Percisamente siglos atrás, según historias escritas en ladrillos, cierto monarca muy talentoso había combatido la espantosa sequía de un verano disponiendo que un ejército de gandulonios trabajase varias horas seguidas sin descansar ni un sólo instante. ¿Y sabéis lo que ocurrió? Algo sorprendente, que acredita la sagacidad del sabio soberano. Los trabajadores principiaron á sudar de tal modo y con tal porfía que regaron las calles, regaron los campos, regaron las casas, se salvaron las cosechas de trigo y cebada, se hermosearon los parques y jardines y se extinguieron las pestes y plagas que iban dando fin del vecindario. Vistos resultados tan excelentes, el rey tuvo otra idea genial para utilizar los chorros de sudor de sus vasallos: les hizo ir á lo alto de un monte y edificar un palacio-residencia de estío. El trabajo fué tan rudo, y el calor apretaba tanto, que las gotas, hilos, cables y golpes de aquel líquido calaron la tierra y dieron origen á dos cataratas convertidas luego en torrentes y, por último, transformadas en ríos, que fertilizaron y enriquecieron la comarca para siempre. Los gandulonios pensaron dedicar un grandioso monumento á su Gran Preste; pero, naturalmente, lo aplazaron para otra época, en que no se sudara tanto. Y al cabo del tiempo, se olvidó el asunto...

Pero volvamos al Gran Campo de Deportes y de Habilidades, creado, como decíamos, por el Ministerio de los Adelantos con el exclusivo objeto de economizar energías.

Entre otras clases ó estudios existían los siguientes: el de Música y Declamación, que consistía en aprender á expresarse con gracejo, elocuencia y persuasión para que en la playa se abriesen por sí solas las almejas, y en dominar el manejo de una flauta hecha de cañas, con el propósito de atraer á los peces y cogerlos en la orilla sin

necesidad de anzuelos. Otros catedráticos enseñaban á sus alumnos á estirar los brazos cada día un poco más, á fin de que adquirieran la elasticidad suficiente para alargarse desde el sitio donde estaban tumbados hasta el árbol correspondiente y coger el fruto sin más operaciones. Algunos estudiantes querían realizar tales adelantos en sus ejercicios que soñaban con dar á sus brazos la longitud bastante para atrapar al vuelo las aves (sin moverse ellos), ó traerse de su cuarto lo que les hiciera falta.

A un profesor se le ocurrió la idea de amaestrar á los árboles altos, los cocoteros, desde que comenzaran á crecer, para que una vez á la semana siquiera se curvasen hasta el suelo y pusieran su sabroso fruto al alcance de la mano. Cuando Pirula llegó á Gandulonia, los ensayos y probaturas realizados por los jardineros y agricultores del país no habían dado todavía resultados satisfactorios. Pero se confiaba en convencer á los cocoteros, por la cuenta que les tenía á todos.

Las mujeres de los gandulonios se arreglaban, desde muy niñas, el cabello, que era crespo y abundante, de modo que formase una especie de cavidad; y cuando daban de mamar á sus hijitos y ellas y ellos se dormían de gusto sentados á la puerta de su choza, las aves tomaban por nidos aquellos peinados y dejaban allí los huevos, que se apresuraban á recoger luego los padres, á la hora de la cena. En la época del calor, esta operación se efectuaba al mediodía, porque las cabezas femeninas actuaban de sartenes y los grandísimos perezosos no vacilaban en aguardar un rato más para coger los huevos ya cocidos...

Os aseguro que todo esto es absolutamente verídico. Como lo era que grandes y chicos llevaban escrito su nombre en el pecho, para que nadie tuviera que gastar saliva preguntando por él, y que, además, lo lucían asimismo en la espalda, para que nadie se molestase en volverse de frente. Aves domésticas aleccionadas por los panaderos, desgranaban el maíz, y escarabajos peloteros, también muy listos, se encargaban de moler el grano y hacer con él las bolas que constituían el principal alimento de la población.

Todo el mundo rivalizaba en el afán y la honra de trabajar lo menos posible. Salvo las bolas nutritivas, todas las restantes comidas eran á base de frutas y vegetales bien cocidos hasta convertirse en papillas ó mermeladas. La dentadura iba haciéndose, pues, casi un artículo de lujo, y los más elegantes—los que masticaban muy poco, y en los días de fiesta, por deber religioso—solían limarse los dientes, á imitación de sus vecinos los mandingos, que eran gente mucho más distinguida que ellos.



«Entonces se asomó otra vez para ver si había medio de acercarse á las ramas»

El estar echado á todas horas, el no moverse apenas, el no trajar, ni leer, ni preocuparse de nada había creado un tipo que diríamos aristocrático: el del Bostezador Perpetuo. Algunos individuos, á fuerza de abrirseles la boca, por aburridos, lo que era el colmo de la suerte, se quedaban ya para siempre así, con las mandíbulas desencajadas é inmóviles. Estos seres felices eran llamados por el Gran Preste á los jardines de su Alcázar, y constituían su guardia de honor. Una vez al año se permitía la entrada al público para que admirase á aquellos caballeros del Bostezo Inacabable sentados en corro alrededor de su Amo, y con el gesto más delicioso de bobería.

Muchos otros pormenores y rarezas podríamos referiros; pero entonces no concluiríamos nunca. Y nos aguarda Pirula. Pirula, á quien, después de haber conducido procesionalmente por las calles más importantes del pueblo, quiso recibir el Gran Preste Tumbón Ciento y Pico.

De pronto la comitiva se detuvo. El capitán—esto es, el que tenía la espada de dos puntas—se acercó á la niña y le dijo, inclinándose:

—Hemos llegado al palacio de Su Majestad. Dígnate apearte.

Pirula se deslizó de un salto, y giró la vista en todas direcciones buscando la regia mansión, que imaginaba monumental y lujosa. Pero no vió sino, á alguna distancia, un hongo mayor que los restantes y, sentado á su sombra, un negrazo con su pluma y un falde-lín de seda pintarrajeada.

Pirula emprendió la marcha hasta el Gran Preste con paso ágil. ¿Y aquel tipo era nada menos que un rey? Su desencanto fué enorme. Ella se lo imaginaba, naturalmente, como un rey de cuento, ó sea con barba blanca y corona y manto y una hija y un perro al lado... Pero, en fin, se conoce que aquella tierra tan calurosa no dejaba vivir á los reyes con mucha ropa encima.

Avanzó hacia él, sin sentirse cohibida, como le hubiera ocurrido de seguro con otro soberano menos obscuro y mejor vestido, y se sentó tranquilamente en un escabel-honguito. El Gran Preste, sonriendo al verla, bramó con muy mal genio, porque para eso era el rey:

—Dejadnos solos. ¡Mil pasos á retaguardia!

Como autómatas, todos los acompañantes retrocedieron según se les ordenaba, y al llegar á los mil pasos se tumbaron panza arriba, según costumbre nacional.

Pirula y Tumbón Ciento y Pico pudieron hablar á su placer. A Pirula le había chocado mucho desde el primer momento la alegría con que el Gran Preste acogiera á la muchacha; pero su asombro creció cuando, ya á regular distancia el público, y convencido de que no podía oírles, el jefe de los negros murmuró, brincando de gozo:

—Ven acá, Pirulilla de mi alma y de mi corazón...

—Señora doña Majestad—repuso ella, con un profundo respeto que resultaba saladísimo—. Yo...

—¡Ven acá, Piruleja encantadora, ven acá!... ¿No me conoces, mujer? ¿No te acuerdas de mí? Si me lavase un poco la cara en esta escupidera que me han puesto al lado, y que es la única del país, verías quién soy... Déjame que me muera de contento.

Y soltó una carcajada tan sonora que todos los ciudadanos, semidormidos á mil pasos de distancia, resolvieron hacer un esfuerzo y levantar la cabeza. Pero Tumbón Ciento y Pico, esgrimiendo su espada, y siseándoles con gran energía, les hizo acostarse otra vez.

—Acércate, Pirulina... y mírame bien. Soy yo, Nicanor Parrondo, el carbonero de enfrente de tu casa de Madrid. ¿No me recuerdas de haberme visto alguna vez en la cocina?

—Sí, sí; ahora caigo... Pero estás mucho más carbonero que antes.

—¡Toma, ya lo sé!... Yo era novio de Boni, la cocinera de las verrugas; ¿te acuerdas? Y como tenía un genio tan atroz, regañé con ella y, desesperado, me embarqué con rumbo á América... Un naufragio me trajo aquí... Pero ya te contaré luego. Porque supongo que estarás aquí una temporadita, ¿no? Estos gandules son buenos chicos. Un poco mal huelen...; pero es que no les queda tiempo para asearse.

—¡Zambomba!—gritó Pirula, atónita—. ¿Cómo no tienen tiempo si no hacen nada?

—Pues por eso; porque cuando no se hace nunca nada no se dispone de un segundo para hacer algo. Y dime otra cosa más importante: ¿qué vas tú á hacer aquí?

La muchacha frunció las cejas, meditando.

—Mira: por lo pronto, podrías nombrarme una cosa así como Gran Generala del Estropajo y del Fregoteo para limpiar á estos cafres que no te conocen. Pero la verdad es que, ya que eres rey, me gustaría que me hicieras princesa encantada. Me fui de mi casa, huyendo de la Boni, para ser princesa de esta clase. Con que tú veras si lo consigues ó no.

Nicanor Parrondo, ó mejor dicho, el Gran Preste Tumbón atrajo hacia sí á la pequeña y la acarició en silencio un rato. Por fin, dijo:

—Bueno, bueno; ya estudiaré el asunto á ver si hay medio de complacerte. Por lo pronto, voy á encargarte que te preparen un hospedaje de los mejores: un hongo recién nacido. Y después...

Bajó la voz; hizo una nueva caricia á Pirula, y susurró junto á su oído:

—Y después... ¿qué te parecería si nos marchásemos de aquí? Aunque la Boni era como era, la recuerdo, sí, señor... Además, tengo ya muchas ganas de ver una verbena. ¿Se celebra todavía la de la Princesa, Pirula?

Y como la muchacha afirmase con un gesto, Parrondo-Tumbón, conmovido, acercó su semblante al de ella, y derramó alguna lagrimita. Por cierto que el semblante del negro no debía de estar pintado como era debido, porque con el llanto empezó á desteñirse, ennegreciendo las crenchas de Pirula, tan doradas y tan lindas...

VII

PIRULA SE LAS ARREGLA DE MODO QUE LA METEN EN LA CÁRCEL

El Gran Preste ó, si queréis, el amigo Parrondo, loco de regocijo por la llegada de Pirula (aunque cuidó mucho de no manifestárselo á nadie), dispuso que la alojaran en el hongo más nuevecito de la ciudad, adornándolo de la manera más vistosa posible.

Pero Pirula, al poco tiempo de verse entre tantos haraganes y pavisosos, sin sangre ni nervios, se indignó enérgicamente y quiso obligarles á que dejaran de serlo. Y para conseguirlo, aquella misma noche, cuando todo el mundo roncaba, y aprovechando la ventaja de que en Gandulonia no se conocían los serenos ni los guardias—porque los muy comodones, por no menearse no regañaban ni robaban ni escandalizaban—, se entretuvo en recoger montones de cardos y de ortigas, y luego de machacarlos, fué escondiéndolos con todo cuidado entre las pajas de los jergones donde se acostaban.

Al mismo tiempo esparció por las calles todos los montones que pudo de los mismos polvos que habían de pisar los pies descalzos de aquellos incorregibles ociosos.

Al día siguiente no tardaron en verse las consecuencias de la travesura de Pirula, travesura que esta vez iba á ser benéfica.

Los gandulonios, en gran parte, empezaron por despertarse más temprano que de costumbre, sintiendo un misterioso cosquilleo en el cuerpo que les impulsaba á abandonar el lecho. Después, al salir de casa, camino de la playa ó de la huerta, donde se tendían en espera de que los frutos, maduros, cayesen al suelo, y los peces, fascinados por las músicas, saltasen á la orilla, los gandulonios sintieron en las plantas de los pies una especie de fuego, de picor, de no sabían qué, que les hacía avivar el paso y sacudir la pachorra con que otras veces caminaban.

Desde su casita, Pirula bailaba de gusto viéndoles moverse y correr de un lado á otro, aguijoneados por los polvillos del suelo. Era un espectáculo extraño, que no dejó de sorprender á los ministros, chambelanes y demás empingorotados perezosos, todos los cuales, al llegar la noche, y hartos de andar y de no poder dormir en sus casas, solicitaron audiencia del Gran Preste para que viera el modo de remediar semejante calamidad.

Pero Pirula había ido á ver á su amigo, y aunque no le contó lo que había hecho (y pensaba repetir), si le suplicó que organizara algún trabajo para que aquellos gandulonios vivieran mejor y fuesen útiles á los demás y á sí propios.

—Pero, preciosa—le dijo Parrondo—, no olvides que aquí no se ha trabajado casi nunca... Podría sobrevenir una revolución, y hasta mi destronamiento... Y no tienes idea de lo bien que me va con el cargo. De noche, cuando no me ve nadie, paso los grandes ratos leyéndome las *Aventuras de Nik-Carter*, que me prestó en Madrid un chico y pude salvar del naufragio...

—Pues yo no he de consentir—replicó, muy enfadada, Pirula—que aquí se esté la gente mano sobre mano. Son unos perfectos salvajes, y me da pena, además, que no tengan fósforos, ni sepan hacer natillas, ni lleven pantalones... Debes hacerles trabajar. Nómbrame capitana de cualquier cosa, ó ministra, y verás cómo los meto en cintura.

Tumbón Ciento y Pico la miró embelesado:

—Haré lo que tú mandes. La verdadera reina aquí eres tú. Ahora mismo voy á extenderte el título de directora generala del movimiento continuo. ¿Qué tal?

—¡Soberbio! Eres inmenso, Parrondín.

Al día siguiente Pirula dictó las primeras disposiciones de su cargo. Llamó á los pregoneros y les hizo aprender el siguiente bando, para que lo repitieran por toda la ciudad:

«No se permite á nadie estarse quieto. Allá cada cual con lo que se le ocurra.

«Al que se le ocurran las cosas más graciosas, más bonitas ó más útiles para no estarse quieto, el Gobierno del Gran Preste le dará



«Y Pirula cayó sobre el agua con un golpe espantoso»

un premio, que consistirá en seis raciones diarias de bolas de maíz durante cien lunas.

«Un batallón de vigilantes, provistos de zurriagos, cubos llenos de agua, escobas y plumas de avestruz, azotará, regará, barrerá y cosquilleará en la nariz y la barriga—sugetándolo bien sugeto—á todo el que se niegue á cumplir lo dispuesto en la presente ley.

«Aviso: no se admiten enfermos, ni vale huir ni dar propinas á los vigilantes.

La directora generala, *Pirula.*»

Contra lo que ella misma se imaginaba, los gandulonios aceptaron muy á gusto tales órdenes. Siquiera constituían una novedad, y como estaban á menudo tan aburridos, hasta les parecía una distracción.

Aquella noche se encerraron todos á escape en su casa, se fueron á un rincón y se pusieron á rascarse la cabeza, para discurrir el medio mejor de ganar el premio ofrecido. Unos se la rascaban por la frente; otros, hacia el cogote; hubo quienes se la frotaban todo alrededor, como si limpiasen un boliche.

Por cierto que algunas cabezas, por falta de costumbre, se abollaron ó empezaron á girar sobre el cuello, lo mismo que si estuvieran ajustadas á tornillo. Otras, incluso echaron chispas, y algunas, á fuerza de sobos, fueron achicándose, achicándose hasta adoptar la forma de una cebolleta. Después, con el sueño, recobraron, afortunadamente, su tamaño.

Y al despuntar el día, ¡qué aspecto tan magnífico y asombroso ofreció Gandulonia!

Hombres y mujeres, ancianos y niños, rivalizaban en calles, plazuelas y paseos por sobresalir, por destacarse, por vencer, apelando á todas las ocurrencias para no «estarse quietos», como en el bando de Pirula se ordenaba.

Allí se veían gandulonios que se subían á los árboles y bajaban febriles, sin descansar un momento; gandulonios que trepaban al techo de su choza y descendían dando vueltas á una velocidad desatada; gandulonios que corrían dando cabriolas, pegando pellizcos á sus convecinos, y patadas, besos, mordiscos y empujones; gandulonios que abrían hoyos en tierra y volvían á taparlos; que se desnudaban de golpe y tornaban á vestirse en un relámpago; que con una sogá hacían nudos y luego los desechaban; que se rascaban y rascaban á los demás. En fin: Gandulonia era una Babel, un mani-

comio, un infierno donde todos se agitaban, aullando, galopando, volatineando, con no poca sorpresa de moscas, mosquitos, perros y gatos que huían de allí más veloces que de un ciclón.

Al anochecer, Pirula, reunida con el Gran Preste y los ministros, distribuyó, para animar á la gente, el premio. Se lo ganó un individuo ingenioso que, mientras los demás danzaban y corrían como energúmenos, cogió en la playa una estrella de mar, ya seca, y con sus picos se atusó la copiosa y enredada cabellera. Pirula y Tumbón Ciento y Pico mandaron que, desde entonces, á toda estrella de mar, cuando estuviere seca, se la llamase «Peine». Entre las mujeres, aquel nuevo objeto, aparato ó instrumento tuvo un gran éxito. Pirula fué muy felicitada por su idea.

En los días sucesivos, el bando se cumplió con toda escrupulosidad. Algunos gandulonios, rendidos del trajín anterior, mostráronse menos bullidores; pero el Batallón de Vigilantes, introduciéndoles por el sobaco la pluma de avestruz ó pasándosela por la espalda, consiguieron que no parasen un minuto.

También, al concluir la jornada, hubo ganadores. Dos: un chico y una mujer. El chico había estado muy entretenido en juntar y combinar unas hebras ó fibras de un coco, haciendo con ellas una bolsa, que metía luego en el mar, donde la movía en diversas direcciones hasta sacarla repleta de peces. A la mujer se le había ocurrido otra idea admirable: colgar la red de una rama baja que le saltó al tronco de un árbol, cosa no efectuada nunca por nadie.

Pirula, al no otorgar los premios, dispuso, con la aprobación del Gran Preste y el aplauso de los ministros, que á la bola de hilos de coco se le diera el nombre de «red», y el de «percha» á cuantas ramas bajas les saliesen en el tronco á todos los árboles del país.

Mucha gente estaba contenta; pero nos duele bastante manifestar que la mayoría, derregada, cansada, casi muerta de fatiga y de falta de costumbre, renunciaba á las recompensas ofrecidas, prefiriendo seguir tumbada tan ricamente en sus camastros ó á la sombra de las higueras y los perales.

Además, el prestigio que iba ganando Pirula, sobre todo entre las madres y las abuelas, y el favor que le dispensaba el Gran Preste, despertaron rabiosas envidias y enconos más ó menos disimulados.

Total; que los gandulonios se dividieron, unos en favor de Pirula y otros en contra, y que una noche, cuando la chiquilla, satisfecha

de su labor, dormía sonriente, ya sin tantos deseos como antes de ser princesa encantada, entraron en su choza, la sacaron de allí, y en volandas la condujeron á la cárcel.

La cárcel consistía en una serie de dobles hongos, unidos en su centro por el pedicelo, ó pie, los cuales, sin rejas—allí desconocidas, como las puertas y los cerrojos—, colgaban de las ramas de un roble viejísimo y colosal á respetable altura.

Estas celdas, así suspendidas, lejos de todo asidero ó apoyo que facilitara la evasión, eran tan originales como seguras. Los gandulonios enemigos de Pirula, una vez que la encerraron en su nuevo domicilio, del que sabían que le era imposible fugarse, acudieron en tropel ante el Gran Preste, insurreccionándose y gritando: «¡Mueran Pirula, y mueran sus escobas, sus plumas y sus cubos de agua! ¡Viva la vagancia! ¡Viva la libertad de hacer cada uno lo que le dé la gana! ¡Viva la libertad de no hacer nunca nada!»

El Gran Preste, reunido con sus ministros en Consejo, se puso amarillo de miedo. Los ministros se pusieron verdes, y se pusieron verdes no porque no se quisieran bien en el fondo, como no se querían, sino por imitar á su Señor y Amo. La revolución era inevitable si Tumbón Ciento y Pico no desterraba á Pirula ó, por «lo menos», no mandaba ahorcarla...

Parrondo-Tumbón, haciéndose cargo del peligro que tanto él como su amiguita corrían, lanzó un bramido formidable para calmar á sus insubordinados vasallos:

—¡Idos á la cama!—aulló, echando lumbre por los ojos—. Idos á la cama, y no tengáis cuidado... Se os hará justicia. Mañana, antes de que se ponga el sol, Pirula, trastornadora del noble país de Gandulonia, extranjera indeseable, será asada á la parrilla, y sus cenizas arrojadas al Océano. ¡Brrrrr! ¡Crac! ¡Proooooommm!

VIII

PIRULA POR LOS AIRES Y SOBRE LAS OLAS

La noticia de que aquella intrusa insoportable iba, al fin, á encontrar su merecido produjo en Gandulonia un entusiasmo frenético.

Sólo unas cuantas personas de buenos sentimientos, pero muy pocas, compadecían á la muchacha y no se explicaban por qué razones la aborrecían, ya que, gracias á su inteligencia y energía, en poco tiempo había mejorado notablemente la vida del país, aclimatando invenciones ó descubrimientos tan útiles como el peine, la percha, la red, la limpieza, el amor al trabajo y el instinto de emulación.

Por lo que respecta al resto del vecindario, ya hemos dicho que el acuerdo de Tumbón Ciento y Pico fué acogido con júbilo general. No se echaron á vuelo las campanas por la sencilla razón de que no las había; pero las manifestaciones de contento menudearon en todas partes.

Los gandulonios, que eran unos incorregibles fumadores, aquel día chupaban en vez de un puro dos á la vez, y gordos como cachiporras, y en la calle hablaban al mismo tiempo, dando saltos, repartiéndose cachetes y mordiscos, tirándose mutuamente de los pelos y arrancándose los á puñados.

Esto aparte, algunos bailaban de coronilla, ó girando vertiginosamente sobre sí mismos, como peonzas, ayudados por sus mujeres y sus hijos, que les daban vueltas, empujándolos con todas sus fuerzas.

En resumen: que Gandulonia era un guirigay, una olla de grillos, una espuerta de gatos, y que el mismo Gran Preste, á la sombra de su enorme hongo real, estaba más aturdido y enojado que nunca porque no sabía cómo componérselas para salvar á la inocente Pirula, á la que había condenado de modo tan severo...

Entretanto, ¿qué era de nuestra amiguita?

La verdad es que, cuando sus raptos la trasladaron en vilo á lo alto de la rama, creyó que estaba soñando una aventura de las más fantásticas, y tuvo mucho cuidado de no despertarse.

Una vez que sus enemigos desaparecieron, se quedó dormida de verdad y no abrió los ojos hasta que, ya bien de mañana, el sol iluminaba su nueva alcoba, que, por cierto, estaba lujosamente adornada con ricas telas de colores.

Al asomarse y verse colgando, junto á otras casitas parecidas á la suya, se felicitó de su buena fortuna. ¿Quién la había llevado hasta aquellas alturas? Algunos duendes ó geniecillos, de fijo. A lo mejor, ella, Pirula, era ya una princesa encantada y no se había enterado todavía.

¡Cándida arrapieza! ¡Si hubiera sospechado lo que la esperaba, se muere de una sofoquina y se le acaba para siempre la afición á las aventuras!

Transcurrieron unas horas, y Pirula sintió ganas de comer. Buscó por la redonda casita inútilmente. Entonces se asomó otra vez para ver si había medio de acercarse á las ramas del inmenso árbol

y jugar un poco «al minino» que va de caza... Imposible. Pirula encogió el hociquillo seriamente. ¡Tendría gracia que la hubiesen abandonado y que la condenaran á morir de hambre! Mejor dicho, no tendría ni pizca de gracia.

Todos los héroes de cuento pasan mil peripecias y desafían otros mil peligros; pero Pirula no recordaba de ninguno que no se alimentase como Dios manda, porque un héroe que desfallece de apetito no está, francamente, en condiciones de seguir siendo héroe mucho tiempo.

Lo bueno que tenía Pirula es que no se desanimaba jamás del todo y que siempre tenía fe en que, como oía decir á su abuela Chacha-Risa, «Dios aprieta, pero no ahoga». Lo que da á entender que, por muy apurados que nos veamos, no se debe renunciar á la esperanza, ni siquiera cuando nos encierran entre dos hongos sin un cuzcurro de pan ni un misero cachito de chocolate.

Y como Pirula era muy animosa y muy valiente, se encogió de hombros, pensando:

—Bueno: me aguantaré todo lo que pueda. Por lo visto es que estoy presa. Parrondo se acordará de mí. Por muy rey que sea, yo no le he hecho daño, y me ayudará. Y en último extremo, pues chuparé las paredes ó me comeré un fleco...

No pudo seguir discurrendo porque sintió el estrépito de unos aletazos, á la vez que la gaviota, su amiga de otro tiempo, penetraba en aquella celda.

¡Qué encuentro tan agradable! Tan agradable y tan providencial, porque el pájaro venía nada menos que á salvar á Pirula. Pero dejémosle que él mismo se explique.

—Todas las noches—le decía á la nena, agitandó las alas bulliosamente—venía á verte sin que tú lo supieras. Estabas acostada, y dabas gusto. No he visto por esos mundos nada más hermoso que una niña cuando duerme. ¿Tú no te has visto?

—Mujer—contestó Pirula—, ¿qué cosas tienes! ¿Cómo iba á verme si estaba durmiendo, y, además, no había espejos en el cuarto?

—Verdad, Pirula. Dispensa; pero es que á ratos parece que estoy chiflada.

Y siguió diciendo:

—Bueno: á lo que venía. Tú estás presa aquí. Los gandulonios, enfadadísimos porque eras una marimandona despótica que les hacías trabajar, se han amotinado contra su rey Tumbón Ciento y Pico, y el desgraciado Tumbón Ciento y Pico acaba de ser frito con patatas en una caldera de oro, y esta tarde se lo come á 1, en medio de bailes y músicas.

—¡Pobrecito Parrondo!—gimió Pirula.

Pero la gaviota, sin comprender aquella exclamación, continuaba:

—A ti te habían reservado, los muy cafres, el destino de «apertivo», y desde que amanecieron, puestos en fila detrás de los vigilantes que rodean este sitio, no hacen más que relamerse. Dicen que tu carne, tiernecita y de color de miel y de salmónete, vale mucho más que todas las mayonesas, rabanitos y anchoas de la tierra... No, y realmente—comentó el pájaro—los gandulonios no demuestran tener mal gusto...

—Vaya, vaya; déjate de bromas, y cuéntame qué piensas hacer conmigo. Porque ó no te conozco bien, ó tú vienes á salvarme.

—Justo. Aquí no puedes permanecer un minuto más. De manera que enciértrate bien, corre las cortinas, y ten mucho cuidado con caerte. ¡A la una, á las dos!...

La gaviota se puso á romper con el pico las cuerdas que sujetaban la especie de bola donde Pirula se encontraba y, tan pronto como lo hubo conseguido, la agarró fuertemente con las patas y emprendió el vuelo.

Pirula, ante lo brusco de la arrancada, se cayó al suelo, semiloca de felicidad.

—¡Menudo *Tiovivo!* ¡No lo hay en ninguna verbena!

Pero de repente sintió que la velocidad se aminoraba y que la gaviota, con voz temblorosa de cansancio, le decía:

—No puedo más. Esta bola-celda pesa un horror. Aguarda á que te sostenga en la copa de este cocotero y llame á un amigo mío para que me ayude.

—¿Quién es?

—El viento, que está ahí, en la playa, tumbado tan regaladamente como un gandulonio cualquiera.—Y gritó:—¡Eh, tú, sinvergüenza! ¡Arriba! Menéate un poco, aunque no sea más que por galantería. Ven y verás qué alhaja llevo dentro de este estuche. A ver si soplas con el mayor esmero y finura, y te la llevas muy lejos de aquí...

El viento, no sin remolonería, subió hasta donde estaba Pirula, y al encontrarse con unos ojos tan azules y unos rizos tan dorados, creyó que se acababa de encontrar á la señorita Primavera, é inflando los carrillos y afilándose los pies, emprendió una carrera vertiginosa nubes arriba.

Pirula, dentro de su bola, y la gaviota encima, sentíanse divinamente. Allá abajo quedaron las chozas de los gandulonios y los gandulonios con dos palmos de narices. Algunas flechas intentaron alcanzar á los fugitivos; pero se quedaban muy por debajo de ellos.

Y el globo volaba, volaba, entre rayos de sol y borbotones de nubes. Pirula cantaba, loca de felicidad. ¿Adónde la conducía el señor Viento? ¿Tal vez á una isla maravillosa? Y entre tanto se comía un magnífico coco, lleno de agua muy dulce y muy substanciosa, que la gaviota le había dado.

Al asomarse una de las veces para ver por dónde iban, Pirula divisó, lejano, á sus pies, el mar. Azul, verde, salpicado de espumas. Parecía un hermoso prado, un prado inacabable cubierto de margaritas, violetas y lirios. Mas á medida que se internaban en él, las oscilaciones de la marcha eran más violentas, y el globo-celda se balanceaba en el aire mucho peor que si fuera un vilano ó unas pompas de jabón.

Y al mismo tiempo las olas se elevaban á alturas increíbles, formando montañas de nácar, de rosas y de fuego. Las había semejantes á maravillosos racimos de perlas, de farolitos, de naranjas resplandecientes. Y era que el sol, jugando con el oleaje, se entretenía en edificar todas aquellas construcciones de espuma, dándoles apariencia de cosas materiales y encendidas.

Cuando más embelesaban á Pirula, oyó que el Viento lanzaba un suspirón enorme:

—¡Se acabó!... No contéis ya conmigo...

—¿Qué pasa, hombre?—preguntaron Pirula y la gaviota.

—Pasa—respondió el Viento, muy incomodado—, que se han metido á zascandilear contra mí, acudiendo adonde nadie los llamaba, la Brisa, el Huracán y otros danzantes marítimos, y no hacen más que impedirme seguir mi camino.

—Entonces..., ¿qué?—volvieron á interrogar el ave y la chiquilla.

—Pues que ahí queda eso... y ¡buen viaje! A mí se me acabaron las fuerzas.

Dijo, y se marchó. Inmediatamente el globo-celda principió á descender con celeridad que hubiera ido en aumento de no impedirlo la gaviota, que se lo colgó del pico. Pero la caída, sin embargo, se hizo rápida, porque al ave le faltaron de nuevo las fuerzas. Y Pirula, dentro de su cuarto esférico, cayó sobre el agua con un golpe espantoso, mientras, arrastrada por una ola, envuelta en su furia,

devorada por su poderío, la pobre gaviota se hundía, como una brizna, para no reaparecer nunca más.

IX

DONDE PIRULA CONOCE Á LA GENTECILLA MÁS INFORMAL DEL MUNDO

Cierta mañana estaba paseándose por la costa uno de los diablillos que habitaban aquel apartado rincón del mundo, cuando, al mirar hacia el horizonte, ahogó un chillido de asombro:

—¡Catástrofe á la vista! ¡Acontecimiento por llegar! ¡Novedades sensacionales!

Al oír tales gritos acudieron los diablejos á quienes les tocaba descansar aquel día y, subiéndose unos encima de los otros, exploraron la línea lejana, donde sobre las olas se mecía una cosa extraña y monumental, que tanto podía ser un templo como un palacio como un islote flotante.

La curiosidad que su aparición produjo fué extraordinaria. Toda aquella gente menuda quiso comunicárselo á sus parientes y amigos, para lo cual, echándose de bruces sobre el suelo y aplicando la boca, transmitieron la noticia al otro extremo de la Tierra, que era donde en aquellos instantes trabajaban sin descanso.

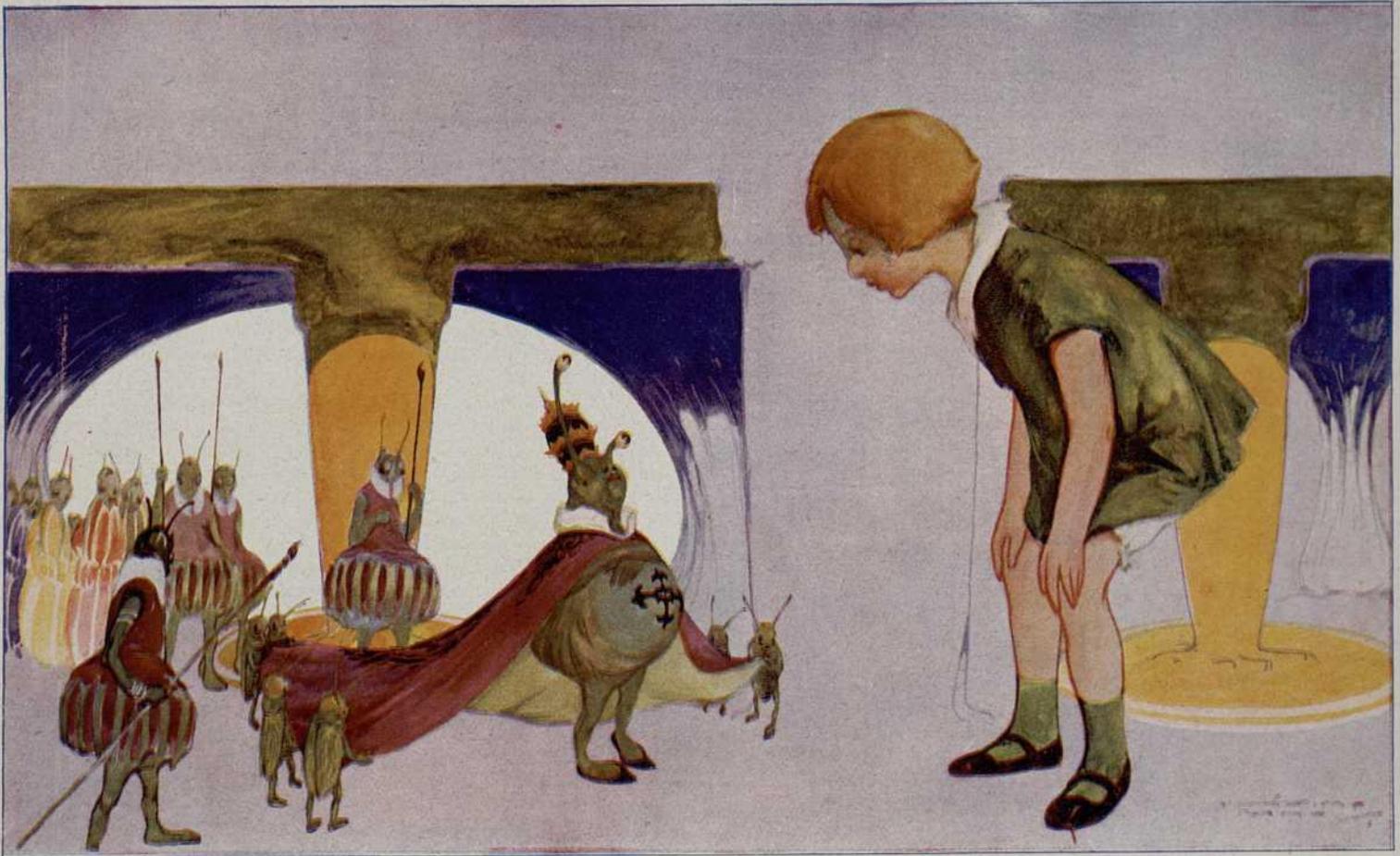
¿Y en qué trabajaban?

En cuanto lo supiese Pirula (que, como habréis adivinado, venía navegando en su bola-celda hacia la costa) iba á darle un patatús de gusto. Allí vivían los diablillos más enredadores y bromistas del mundo, que hacen rabiar todo cuanto pueden á las personas serias, á los hombres gordos, á los muchachos distraídos, á los automovilistas disparados, á los jefes sin educación, á las señoras de casa que nunca están conformes, á los pescadores calmosos y, en fin, á toda esa porción de seres que sin ser buenos de veras ni tampoco malos de remate, no se cuidan ni de amenizar ni embellecer ni mejorar la vida, como hacen los inventores, los artistas, las buenas madres y los niños que nunca lloran ni siquiera cuando les dan un pastel en vez de dos.

Estos diablillos, tan menudos como aquellos liliputienses que conoció Gulliver, se contaban por millones, y diariamente iban al otro extremo del planeta á hacer lo que cualquiera de vosotros imagináis fácilmente: á hacer diabluras. Eran invisibles para los hombres,



«Leyó un mensaje de salutación y bienvenida»



«Su Majestad volvió á sacar el ojo derecho, moviéndolo á uno y otro lado»

aunque en su escondite recobraban su apariencia física. En todo momento estaban de buen humor, y por las tardes, ya concluidas sus ocupaciones, se reunían en la Plaza Mayor con las mujeres y los chicos para contarse las trastadas, jugarretas, travesuras, picardías y gatuperios que habían realizado.

No hay para qué decir que casi todos ellos, sumamente simpáticos y jamás hartos de bullir, conocían mucho á Pirula, á la que adoraban por enredadora, inquieta, revoltosa y alegre. Así se explica que apenas la divisaron en su choza flotante cuando la pleamar la empujó á aquella costa, acudieran á saludarla con vítores y aclamaciones, mucho más frenéticos que en Gandulonia.

Uno de los diablillos ancianos, en nombre y representación de sus compañeros, leyó un mensaje de salutación y bienvenida, al que Pirula correspondió muy cariñosamente, emocionada de placer y sonriente ó gratitud.

—No sabía yo que viviérais juntos—les dijo—, porque ningún diablo, por muy travieso que sea, puede ver á otro ni en pintura...

—Al contrario—contestó el anciano, guiñando los ojillos jovialmente—; aquí no nos podemos llevar mejor, porque no conocemos la tristeza ni los malos humores. Nuestra misión es hacer rabiar á los hombres que no sean útiles, inteligentes ó buenos. ¡Guerra al borrico disfrazado de personaje! ¡Abajo los groseros, los gruñones, los brutos y los malos!

—¡¡Abajo!!!—gritaron todos los diablillos—. ¡Qué revienten!

Pirula aplaudió á sus amigos, y en seguida, en medio del mayor orden, dirigiéronse hacia la Gran Plaza, donde se organizó en honor de la chiquilla una solemne recepción.

Y se inició el desfile, que ofrecía cierta novedad para Pirula, porque cada diablejo, dando una voltereta, manifestaba su oficio, profesión ó entretenimiento.

Uno tras otro, fueron desfilando los que gozaban de más reputación.

—Yo soy—dijo el primero riéndose retrechamente—el que le quita la cabeza á las cerillas de los fumadores que se pasan la tarde en el café.

—Y yo—declaró el siguiente—el que distribuye en las carreteras clavitos y cascos de botella para que pinchen los neumáticos de los automovilistas que vuelan á noventa kilómetros por hora.

—Y yo el que, cuando se busca un papel muy de prisa, entre un montón de ellos, lo escondo el último.

—Y yo el que les rompe á las criadas tantos cacharros.

—Y yo el que despega los botones y los pierde.

—Y yo el que en las tiendas empuja la balanza antes de tiempo.

—Y yo el que les irrita los callos ó le pica las muelas á los jefes, directores y presidentes, para que se den más importancia regañando á sus empleados.

—Y yo el que no les deja morder el anzuelo á las anguilas y las truchas.

—Y yo el que hace caer el cepillo cuando uno se limpia nervioso ó sin ganas...

—Y yo el que da los portazos que rompe los cristales.

—Y yo el que levanta las nubes de polvo en las verbenas apesetosas á aceitazo.

—Y yo el que estropea el encendedor mecánico...

—Y yo el que seca las plumas estilográficas...

—Y yo el que les quita la memoria á los que reciben libros prestados...

—Y yo el que les mete un «goal» á los porteros vanidosos...

—Y yo el que hace mayar de noche á los insufribles mininos...

—Y yo el que les busca «chachas» á los nenes mal criados...

La relación habría sido interminable. Se prolongó un buen rato. Pirula felicitó á los diablillos—si bien no á todos, porque no se le ocultaba que muchos cometían hazañas poco recomendables.—El mismo anciano lo reconoció así.

—Es que tenemos enredadores de primera y de segunda clase—le dijo á la muchacha—y, claro, todos no poseen el mismo buen gusto para dar sus bromas. Tú misma, encantadora Pirula, ¿estás convencida de que todas las jugarretas que has hecho en casa eran igualmente perdonables?

Pirula bajó los ojos, avergonzada.

—Tienes razón. Pero cuando le eché bicarbonato al café de Papá-Chitón fué un día que me purgó con dos bolas de ricino en lugar de una, como se lo había mandado el médico. Pero yo quiero mucho á mi abuelo...

—¿Y te acuerdas de él?

—Tanto como de Chacha-Risa... Tengo ganas de verlos ya á los dos para contarles todas las cosas que me están pasando.

—Pues si lo deseas, esta misma tarde te llevamos á tu casa por las galerías subterráneas que hemos construido hace poco.

—No, no; todavía quiero que me pasen más cosas. Tendréis rey, ¿no?

—Por supuesto. Y con tripa, que es lo que nos falta á los de-

más. Ahora mismo vamos á llevarte á su presencia. No es del país; vino, como tú, de muy lejos, y nos consta que era de una familia excelente y sensata. Porque no sé si sabrás que aquí el único á quien no se le permite ser enredador, precisamente para que los demás puedan seguir siéndolo, es á nuestro monarca. Si tuviese tan poca formalidad como nosotros, ¿quién iba á gobernarnos como es debido?

—Comprendo, comprendo—aprobó Pirula con su listeza acostumbrada—. Vuestro rey viene á ser algo parecido á la persona que hace de «madre» en el juego del «marro» ó de «prendas»..., que cuida del orden mientras los demás se burlan de él.

El diablillo verde agitó sus antenas ó cuernos, en señal de satisfacción.

—¿Vamos á ver al rey?

—Encantada.

Y Pirula abrió la marcha, seguida del minúsculo enjambre de monicacos. La verdad es que aunque no iban á proporcionarle aventuras de las fantásticas como á ella le seducían, por lo menos sí podía pasar unos cuantos días sin aburrirse oyendo la narración de todas las diabluras que se les ocurriese. A Pirula también le escarbaba el magín una, que no lograba ahuyentar: la de coger, cuando durmieran, un par de diablillos de los más verdes, y guardárselos en el bolsillo, para llevárselos á casa y meterlos en la canarieta, donde llamarían la atención de la vecindad.

X

LA ÚLTIMA AVENTURA

Al llegar ante el jefe ó monarca de los Enredadores, lo primero que le llamó la atención á la observadora Pirula fueron sus ojos.

Aquel personaje no los tenía como los demás diablejos, y en tal diferencia, por lo visto, se basaba su superioridad. Eran unos ojos que se alargaban y encogían con prodigiosa elasticidad y rapidez, igual que la trompa de una mariposa ó, mejor comparado aún, lo mismo que los cuernecillos de un caracol.

Por añadidura, el tal soberano de los pulgarcitos lucía una panza esférica, muy semejante ¿á qué?... muy semejante á la concha de un caracol.

Y Pirula se acordó de sus queridos *Coleta* y *Coleta*, abandonados en la caverna de la Tarasca, donde tal vez fueron devorados por el monstruo.

El ilustre barrigudo, escoltado por dos sumilleros infladores que vigilaban á los casaquistas encargados de sostener el manto imperial, hizo su aparición en el Gran Hipogeo ó subterráneo donde ocupaba unas galerías de varios kilómetros.

Al ver á Pirula, á quien acompañaban los diablejos más importantes, estiró el ojo derecho más que el izquierdo—lo cual era una prueba de galantería—, y le dijo sonriendo afectuosamente:

—Ya sé que has venido á mis reinos impulsada por una sed que no suele saciarse nunca del todo: la sed de aventuras. Pero me agrada que la tengas, porque eso significa que posees imaginación, y que eres soñadora...

Pirula hizo una reverencia á su majestad.

—No te invito á que te sientes, porque, como ya lo habrás notado, en estos dominios nadie conoce más reposo que el sueño, ya bien entrada la noche, y, por consiguiente, no les hace falta las sillas, ni muchísimo menos esos muebles embaucadores, perversos y mal intencionados, que se llaman sofás, divanes, mecedoras, butacones y dormilonas... Pero antes de seguir conversando, ¡a ver, hola, mis sumilleros infladores!, ataviadme cuanto sepáis y podáis, en honor de esta gentil señorita.

Los aludidos se apresuraron á acercarse á su señor, y con admirable presteza se puso cada uno al lado de una oreja por donde, aplicando los labios, soplaron llenos de respetuoso ímpetu. Inmediatamente su majestad se redondeó con más esbeltez, su actitud adquirió una graciosa elegancia y hasta la corona ó tiara que le ceñía la cabeza se ladeó campechana y chuloncilla, sin perder, no obstante, su empaque ceremonioso...

—Bien, basta—decretó el barrigudo príncipe—. Ahora ya puedo ser menos indigno de tus seducciones, Pirula.

—Señor: no sé cómo estimar tus amabilidades.

—Todas te las mereces. Y puesto que tanto te atraen las aventuras, dentro de un rato, al anochecer, ven á buscarme para que, acompañado por mí, conozcas la que en agasajo tuyo estoy acabando de organizar, á lo largo de mis posesiones. Espero que no lo pases muy aburrida, y lo celebraré porque, al revés de otras criaturas, tú eres intrépida, valerosa, fuerte, y no te asustas por cualquier bobada, que es lo que deben hacer todas las muñecas tan lindas como tú...

Y soltó un estornudo, dando así por concluida la audiencia.

Al retirarse Pirula, su majestad volvió á sacar el ojo derecho, moviéndolo á uno y otro lado con la ligereza de un caracol.

La concurrencia, fascinada, le hizo una ovación.

Poco tiempo después, Pirula, que había sido agasajadísima por los enredadores, en su palacio-bola, era conducida nuevamente á la presencia del jefe del reino.

Aunque ya había cerrado la noche, allí no se notaba, porque como era debajo de tierra, la claridad del día no penetraba en ningún caso. Ahora bien: los diablejos, tan habilidosos y trabajadores, habían frotado ó untado contra las paredes de las galerías una substancia fosforescente, que las iluminaba con fantástica suavidad. Aquella substancia debía ser producto de una de las mejores travesuras de los enredadores y proceder de las cajas de cerillas españolas, que ellos hurtaban mañosamente en las fábricas, porque sólo así se explica que no ardiesen sino por casualidad.

—¿Estás dispuesta?—le preguntó á Pirula su tripudo amigo—. Pues andando... No quiero escolta de ninguna clase. Dejados solos. Tú, llavero, dame tu manojo.

Obedeció el llavero, deseando un feliz viaje á la pareja.

—Vamos á efectuar una excursión, al través de grutas, tubos, pasadizos y túneles repletos de maravillas. En ellos, mis súbditos hoy, como ayer los gnomos, inquilinos de las minas, los siltos, geniecillos del aire, los trasgos y otros duendes, acumularon sus riquezas.

—¡Qué bien! ¡Bravo!—palmoteó la chiquilla—. Me voy á divertir formidablemente. ¿Quieres que te coja en brazos?

Al resplandor de la galería, el rey sonrió, alargando otra vez sus ojos-cuernecillos.

—Mil gracias. Veo que eres la Pirula de siempre: la del corazón de oro.

Y lo dijo de una manera, con un tonillo de voz...

La muchacha iba á responder algo; pero se contuvo. Y en silencio, pisando con toda firmeza, se adentró en la relampagueante semiobscuridad de aquel agujero de topo.

Al poco rato vió que en la bóveda ardían una especie de estrellas con puntas finísimas, hechas de diamantes y rubíes.

—Aquí—le dijo su majestad—duermen los luceros del atardecer y de la mañana, con otros amiguitos suyos. Ahora, de noche, no tienen nada que hacer en el cielo.

Absorta, Pirula pudo verlos muy de cerca y á su sabor. Eran prodigiosos, aunque debían estar entonces semi dormidos, porque, de lo contrario, no habría podido resistirse el deslumbramiento de sus titilaciones.

Más adelante esperaba á los excursionistas otra novedad: la cripta de las Joyas.

—La llaman así—volvió á hablar el monarca—porque aquí se almacenan y custodian los oros, las platas, las piedras preciosas de los crepúsculos, de los rayos de sol en los mares y ríos, de las reverberaciones en las cimas de las montañas y en las vidrieras de las catedrales y en las cúpulas de los palacios...

Pirula, atónita, embelesada, sin atreverse á hablar en medio de tantos fulgores y burbujas inflamadas y haces de chispas, pisó de puntillas y siguió andando.

—¿Te gusta?—interrogó su acompañante.

—Figúrate, hombre. Esto es como si viajáramos por «Las Mil y Una Noches».

—Exacto. Eres muy lista, Pirula. Pero no te figures que todo va á ser bonito y agradable. Prepárate, prepárate...

No había acabado de decirlo cuando sus pies tropezaron en un revoltijo de sierpes, anguilas, lagartos y otros bichos estrechos y larguísimos. Una fetidez insoportable enrarecía el ambiente. Pirula, avanzando con dificultad creciente, y respirando á duras penas, creyó, si bien no se atrevía á confesarlo, que había llegado su última hora, y que se quedaba allí, enredada en aquel hervidero de alimañas y sofocada por sus pestilentes emanaciones.

El rey, que marchaba despacito, no abrió la boca.

Y algo más allá, un rumor confuso, ancho y creciente, llegó á sus oídos. Pirula se detuvo.

—¿Tienes miedo?

—¿Quién, yo? ¡Como si no hubiera escuchado nunca truenos! En Cercedilla, una tarde...

No pudo continuar. Un estrépito terrible, igual que si las entrañas de la tierra se desgarrasen, ahogó su voz, sacudiéndole el cuerpo de arriba á abajo. A ambos lados de la galería se despeñaban otros tantos torrentes de agua deshecha en espumarajos y vellones. El aire soplabá como en día de galerna en la playa.

También iba á haber dicho algo Pirula; mas consideró prudente guardar silencio, ya que hacía lo mismo el rey de los Enredadores.

Y así, á lo largo del túnel interminable, siguieron y siguieron,

hasta que, de súbito, apagáronse las fosforescencias y la más espesa oscuridad les envolvió.

—Aquí tenemos que hacer alto y descansar un poco. Ya, mientras no se haga de día, no encontraremos nuevas maravillas. Y tan pronto como amanezca, vendrá la aventura gorda, la mayor de todas. Ya verás. Y no tiembles...

—¡Si no tiemblo, tú!—replicó, amostazada, Pirula—. Es que me mojé antes, cuando me salpicaron las cataratas aquellas, y tiritó un poco.

—Pues, anda, reclínate sobre mí y duerme á tus anchas. Ya falta poco para que asome el día. Yo te despertaré cuando brille la primera rayita de luz.

Pirula obedeció, y una vez recostada lo mejor que pudo, se hundió en el sueño.

Cuando despertó, en efecto, una veta de claridad le cosquilleaba en los ojos. El rey extendió los brazos como si empujara una puerta, y acto seguido una inundación de sol y una algarabía de gritos aturdió á Pirula.

Se restregó los ojos, no descifrando lo que veía. Pero las voces acabaron de «despertarla», y eso que no podía estar más despierta.

Y entonces sí que dió ella otro grito; pero que debió oírse en la portería.

Al mirar en torno suyo vió que ¡estaba en la cocina de su casa, frente á la Boni, frente á la Pilar, frente á Chacha-Risa y *Coleta*, el canario!

Todos reían, incluso el canario, cuyo buche, hecho una pelota, amenazaba dar un estallido.

Junto á Pirula, de par en par, le rozaban las puertas de la carbonera de encina.

—¿Qué es esto? ¿Qué me ha pasado? ¿Por dónde he venido?

Chacha-Risa la levantó en vilo, y, comiéndosela á besos, la reprimía maternalmente, sin hacerle caso.

—¿Dónde has estado, metida toda la tarde, tunanta, bribona, más que pécora? ¡Hay que ver la cara tiznada que trae! ¡Vamos corriendo al cuarto de baño! ¡Una semana entera te vas á quedar sin merienda, eso es!

Pirula, aturdida, perpleja, sin saber qué decir ni qué hacer, se

dejó llevar por su abuela. Al verse delante del espejo, negra, polvorienta, sucia, mojada, no supo explicarse lo ocurrido. Digamos la verdad entera: no quería ni sospecharlo..

Chacha-Risa fué en busca de un estropajo, porque no bastaban toallas ni esponjas, y *Coleta*, el canario, dando un salto hasta su hombro, le murmuró con sigilo:

—Hemos vuelto á casa por la carbonera, sí, señor...

—Pero... ¿tú?

—Yo, sí, era su majestad el rey de los Enredadores, antes caracol, compañero tuyo de peripecias. Me encantó el dragón, al reventar, convirtiéndome en diablillo tripudo...

—¿Y *Coleta*?

—Se ha perdido. Puede que esté en la jaula, tan campante. Después lo veremos.

—¡Atiza! ¿Y la cueva de las serpientes? ¿Y la gruta de las cataratas? ¿Y...?

—Tu imaginación, tontuela. Es que llegábamos á Madrid y estábamos pasando por los tubos donde meten los cables de la luz eléctrica y los del teléfono, y por las cañerías del gas... y por las alcantarillas. Tú, como no has visto nada de esto.

—¡Zambomba! Pues me das un chasco tremendo, *Coleta*.

—No seas ambiciosa. ¿No te has divertido, mujer, unas cuantas horas?

—Sí; pero no he conseguido ser princesa encantada.

—No te importe. Ahí tienes á tu abuelita, que es la que está más encantada. Dale muchos besos... y cállate, que es lo que te conviene.

Chacha-Risa entraba en el cuarto con Papá-Chitón. Pirula se refugió en sus brazos, los cuales la alzaron hasta la frente del abuelo.

Este traía un hermoso cucurucho de almendras garapiñadas, que la chiquilla se apresuró á destapar, mientras el abuelo lloriqueaba, suponemos que de alegría. Y como Papá-Chitón era muy meticuloso y le gustaba que todo saliese lo mejor posible, le previno á su nieta:

—Tú coge las almendras y déjame á mí esas bolitas que me salen de los ojos, no vayas á confundirte. Yo también soy goloso como tú, y estas bolitas me saben á gloria...

E. RAMIREZ ANGEL

